

# REVISTA DE LEVANTE

Redactor-Jefe:

V. CALVO-ACACIO

## A LA JUVENTUD

La mejor fuente de producción en materias científicas y literarias es el estímulo.

Nuestra REVISTA desea por todos los medios que estén á su alcance propagar la cultura en nuestro país y llenar de un modo serio su cometido. Quien nos crea capaces de exclusivismos y preferencias no nos hará la justicia que merecemos.

Animamos á la juventud que cultiva las ciencias y las artes á tomar con nosotros activo puesto en esta laudable empresa. Publicaremos los trabajos que se nos envíen por escritores inéditos ó poco conocidos, siempre que por su fondo y forma sean dignos de ver la luz pública sin desdoro de sus propios autores.

V. CALVO-ACACIO

## CRÓNICA

Dice el inmortal autor de *Los Ensayos*, que el alma antes se engaña á sí misma, enderezándose á un objeto frívolo ó fantástico, in-

digno de su alteza, que permanece ociosa; y añado como corolario al hermoso pensamiento del inimitable filósofo, que no hay pueblos muertos, sino perturbados; que no creo en almas irredentas, sino en almas huérfanas y abandonadas; que no existen espíritus inertes, sino dormidos. En medio de la bestialidad de las concupiscencias, bajo la tremenda mole de la ignorancia y del fanatismo, se ocultan ricos filones; lo difícil es descubrirlos y explotarlos. Si el cuerpo se arrastra por el lodo, hay en el espíritu tendencias innatas á volar alto, y lo que sucede con los individuos acontece con las naciones: abandonadas á sus bajos instintos, viven salvajes, en la barbarie; aprovechándose de sus virtudes, triunfan y progresan.

Si la humanidad no fuese capaz de dominar sus flaquezas, no tendría historia, que no es sino la vida puesta al servicio de un ideal. Por eso vuelvo á repetir que no hay naciones vivas y naciones muertas, victoriosas y vencidas; á lo más habrá naciones que marchan y naciones que reposan.

De esta última situación jamás fueron culpables las masas, que siempre cumplieron con admirable conformidad sus fines inmediatos; lo son quienes están más en contacto con la verdad, los burgueses de la inteligencia, que, ó

se guardan los deleites que el saber proporciona, ó adquieren la ciencia para sacarle un interés proporcional al esfuerzo que les costó de adquirir.

España es ejemplo viviente de cuanto digo. Tenemos una aristocracia distraída y superficial, una clase *intermedia*—llamémosla de ese modo,—indiferente á cuanto no sean tantos por cientos, rentas y dividendos, y una clase académica, intelectual, que, salvo excepciones, ejerce su misión en la sociedad mecánicamente, sin quitar la vista de los ingresos y del anhelado retiro á la vida holgazana. El pueblo, é incluyo en él, lo mismo al caballero comodón, ignorante y sin ideales, que al pobre labriego, sin medios educativos, es terreno abonado para que prendan las buenas simientes; pero suele permanecer yermo por culpa de aquellas clases ya nombradas. Y como en la vida, ni la voluntad, ni la imaginación, ni el pensamiento están ociosos, se perturban y desorientan las multitudes, las cuales, ó se hallan en disposición de seguir luminosos derroteros, ó permanecen en esa tranquilidad bovina de los fumadores de opio.

¿Quién no se asombra del vibrante despertar del Japón, *pueblo muerto* hace treinta años, y hoy dando ejemplo de valor, de heroísmo y de saber á las naciones más vivas del globo? El imperio chino, ese país hierático, yacente bajo la pesadumbre de los siglos, según todos creían, ¿no está sacudiendo su polvo secular para seguir muy pronto las huellas de sus hermanos de raza?

Lo que creemos agonía del pueblo turco, bien puede ser el esfuerzo titánico que realiza para incorporarse y marchar, porque ya le duelen con exceso los grilletes del despotismo. Y si al imperio de Marruecos, las grandes potencias le sacasen *desinteresadamente* de su sueño cataléptico, reverdecerían en él las antiguas glorias del Califato.

No, la vida no la usufructúa singularmente pueblo alguno; la célebre y soberbiosa frase de Salisbury, es en rigor tan falsa, tan injusta como si hubiese dividido el mundo en naciones de despojados y naciones de bandidos.

Pero consolémonos ante la idea de que tan insensata frase no es original del ilustre político inglés; puede que se la diese confeccionada cualquiera de nuestros rotativos en algún editorial, pues lord Salisbury, como buen patriota, conocía la historia de Inglaterra, que refleja como ninguna otra el movimiento del espíritu público, que al decir de Macaulay «semeja al de las olas cuando sube la marea, durante la cual cada onda sucesiva se adelanta, se estrella y retrocede, sin que por eso la marcha general del flujo se suspenda, ni vacile siquiera, sino que avanza resueltamente...»

Aquí no sabemos, porque no se nos enseña; falta la debida disciplina cívico-social, porque no se nos educa; vivimos esclavos de secular rutina, porque el egoísmo y el temor matan todas las iniciativas; no se lee lo que debiera, porque no hay quien aliente al escritor, ni se sabe buscar al público, ni á éste se le ha inculcado por quien tiene obligación la perentoria necesidad de leer para no estar solos con nuestra pequeñez; se fomentan los odios entre pobres y ricos, porque pocos pretenden asociarles en mútuas tareas educativas y económicas; impera el desenfrenado caciquismo por no tener los de arriba conciencia de sus deberes, ni los de abajo noticia de sus derechos. Carecemos los españoles de ese patriotismo sano que á la juventud se inculca en todas las naciones cultas, especialmente en Alemania, Italia y Francia, patriotismo del que no tienen idea, desde quien habló de echar la llave al sepulcro del Cid, hasta los que sostienen á diario que no ha desaparecido de España la Inquisición y el Santo Oficio...

Todo se deja á la iniciativa de los gobiernos, todos los males de la ignorancia suelen achacarse al profesorado, y la culpa ni la tienen los gobernantes, ni el magisterio. La tienen, sí, esos abogados que se concretan á ganar pleitos ó á forjarlos, pero que no se cuidan de enseñar á la gente sus deberes y derechos civiles y políticos; esos médicos que respiran con satisfacción al terminar la visita, sin que les importe un comino que sus clientes vivan divorciados en absoluto de la higiene; la tie-

nen los centenares de caballeros, que después de adquirir por vanidad un título académico cualquiera, confinan sus libros y se pasan la vida plácidamente, sin dedicar á los desheredados de la ciencia un cuarto de hora—vigésima parte del tiempo que pasan en el casino,—inculcándoles al menos el respeto á las personas y á las ideas; la tienen y en grado superior los propietarios rurales, porque á pesar de permanecer de continuo junto á los pobres obreros del campo y servirse inicuamente de sus sufragios en las elecciones, no solo les abandonan á su candidez dejándoles ayunos de conocimientos útiles y prácticos, sino que niegan su óbolo cuando almas generosas lo piden para la creación de cajas de socorro y de crédito agrícola... Con solo imitar la sublime generosidad, el desprendimiento augusto de la Naturaleza, cumpliendo con ello la suprema ley de amor y de armonía universal, estábamos en salvo.

Antes de fundar esta REVISTA se consultó la idea con discretas personalidades, que desde luego aprobaron la nobleza del pensamiento, pero con la salvedad de que en España se leía poco y en Valencia menos.

Sin el entusiasmo juvenil y el afán de sostener como humildes soldados los prestigios y las tradiciones de esta hermosa tierra, donde el Arte siempre tuvo altar y culto, quizá hubiésemos seguido la común preocupación desistiendo de la idea; pero por una parte quisimos agradecer á la región levantina el espléndido regalo de su celebrada hermosura, fuente inagotable de inspiraciones, y por otra convencernos una vez más de que el público siempre se inclina á lo mejor, si se lo dan. Y la REVISTA DE LEVANTE apareció, afirmándonos ante el éxito, con la idea de que en Valencia, como en toda España, no faltan lectores, muchos más lectores que lectura.

La casa Maucci no produce bastantes libros para España y América; el editor Soler hace de sus manuales una tirada de cien mil ejemplares; Salvat, Espasa y Sempere no dan paz á los tórculos, esto sin contar con otros editores más ó menos importantes que continuamente publican inmensa variedad de obras.

En España se lee bastante, y no se lee más por falta de iniciativa en los librerías, por indolencia de los editores y, sobre todo, no me cansaré de repetirlo, por la culpable dejadez de quienes tienen la obligación moral y social de propagar el amor á la lectura.

Vaya un ejemplo: Con el objeto de preparar á la juventud obrera de cierta sociedad educativa para que celebre con entusiasmo el próximo centenario de la publicación del Quijote, les hablé primero de esta obra... ¡que no conocía casi nadie! de su trascendencia social y de su autor insigne, y aseguro que al leerles después, para justificar mis entusiasmos, algunos capítulos, se aficionaron los obreros agrícolas de tal modo á la inmortal creación de Cervantes, que pocos dejarán de adquirir, cuando se les presente ocasión oportuna, un ejemplar de alguna edición económica. ¡Cuánta gente vive con sed de lectura y cuánta bebería con verdadero deleite, si le diesen á conocer las virtudes de tan rico manantial!...

No, la patria no muere, la patria dormita; los hombres de buena voluntad deben sacarla de su infecundo tedio y tonificar su espíritu si no quieren que hasta las mismas piedras le den lecciones de generosidad y de amor.

---

P. G. BLANCO

PACUCO Y SU  
TEORÍA DEL  
"RETORNO,"

El llamarse, llamábase Francisco Fernández Pumarino—de los Pumarinos de Quiloño,—pero tan desmedrado y macilento nació, que ya desde la escuela de D. Raimundo, en Manzanaeda, decíanle Pacuco. Y con Pacuco tuvo que quedarse por los siglos de los siglos. No protestaba; cuando rapaz, porque era de natural paciente y tímido; después que volvió de Vetustusta, con el título de licenciado en Filosofía y Letras, por escepticismo. ¡Cómo iba á hacer caso de semejantes nonnadas un hombre que se sabía de corrido la Etica, á

Niconiaco de Aristóteles, que había leído á Zenón y que andaba ahora embreñado en la «Crítica de la Razón práctica» de Kant!

Porque Pacuco sentó plaza de metafísico hácia el segundo año de la carrera en que un profesor «herejote y masón» le talló el alma, que era de pasta flora, á gusto de sus filosóficos buriles, y al volver aquél verano de vacaciones á Manzaneda, ya murmuraba, aunque temerosamente, por la tienda de Doña María Antonia la Doncella y por el café de Cayetano, sin que nadie se diese cata de ello..., «que no hay más que fenómenos..., que todo son modalidades de la gran ley de la evolución..., que nos rigen leyes confusas de un misterioso destino», y no sé cuántas más formulas cabalísticas de una filosofía á la cual apenas si se había asomado.

—Francisquín, déjate de babonzadas y atiende para las tus tierras de Cantalarrana, que te irá mejor,—decíale Servando el del Correo admonitivamente.

—¿Qué sabes tú del placer espiritual, que en la indagación fría y serena de la verdad se siente?

—Bueno, bueno, machadas de los libros.

Pacuco era un hombre extraordinariamente débil, con menos personalidad moral aún que física. Se doblegaba á todas las imposiciones teoréticas de los demás. Era una especie de gnomo envuelto en tenebrosidades filosóficas y aplastado entre las hojas de un libro alemán. En su cómica impiedad nadie había penetrado, hasta que D. Alonso el cura se permitió aventurar una noche en la reunión de Doña Celeste la idea de que era un rapaz perdido por causa de la filosofía de Krause.

—¿Quién es ese Krause, señor Cura?—dijo uno de los concurrentes.

—Un impío, no cree ni en Dios; alemán, ¿qué se le va á pedir?

La reunión desolada vertió sobre la Alemania imperial los improperios de que son capaces las almas primitivas cuando se escandalizan. «Alemania, judiotes sin temor de Dios ni del diablo». «Quién se lo había de decir á Doña Carmina Pumarino». «¡Madre de Dios! Muy mala es la gente por el mundo». Y en este

tono no sé cuantas necedades más dijeron por Manzaneda después de lo que sobre Krause apuntó el reverendo Párroco.

Para defenderse citó Pacuco á la «Hidra clerical» y á «Las manifestaciones de intolerancia tradicionalista y bárbara», que tan mal se avenían con sus concepciones abstractas de progreso, libertad y demás enunciados «inactuales». Al ofertorio del Domingo siguiente lamentóse D. Alonso (cruzadas las manos sobre su parroquial abdómen, que bajo los recamados de la casulla se movían como un blando oleaje de verano) de que en le feligresía hubiera hijos de familias cristianas separados del seno de nuestra sacrosanta religión por causa de la lectura de libros prohibidos y por seguir las huellas de catedráticos librepensadores.

Pacuco sintió que el anatema de los tiempos viejos comenzaba á descargar sobre sus espaldas y que la maldición de las viejas de Manzaneda caía sobre él como una granizada sobre un viñedo en sazón. Era necesario retraerse. Todo lo más, cuando quisiera comunicarse con alguien, asomar un momento las narices por el café, donde al fin y al cabo había «más libertad de esposición».

Una tarde pidiéronle unos cuantos mozalbetes que jugaban alborozadamente á carambolas, sin duda por reirse del cuitado, la explicación de sus teorías filosóficas y religiosas. Pacuco, que era hombre circunspecto y temeroso, rehusó «porque en el dominio augusto de las conciencias es delicado meterse» y porque él no tenía la suficiente audacia intelectual para considerar cierta de toda certidumbre su teoría del retorno. «Lo que para unos es cierto, ¡qué caray!, es incierto para los demás; cada cual tiene en la verdad total una parte que usufructúa; no hay dogmas, ni categorías de lo absoluto, ni verdades *á priori*; todo es verdad, nada es verdad...»

—Oye, Pacuco, ¿qué es eso del retorno?

—Que se explique lo del retorno.

—El retorno, el retorno.

—Explicarélo... Sir Williams Crookes.

—Sir Will... ¿qué hombre?

—Sir Williams Crookes el físico.

—Si vas á esplicarte así, que el diablo lleve si hay quien te entienda.

—Pues mirar, esto del retorno es una especie de Tío Vivo. Dais vueltas y vueltas, y por fin venís á parar al mismo sitio. Todo, absolutamente todo retorna en la vida, después de haber pasado por un cierto número de estudios, á su forma primitiva, específica, neta. Con un determinado número de átomos A B C pueden hacerse un determinado número de combinaciones A B C—C B A—B C A—A C B etc., agotadas las cuales llegará un momento en que de nuevo se dé la combinación primaria. Pues así es todo. Rodamos confusamente por este mar tormentoso de la vida para venir á ser á lo mejor el gato de la recompensa.

Aquí estallaron carcajadas generales. La recompensa era una castañera arrugada y sarmentosa que vivía en el Rincón hacía noventa y cuatro años, en la dulce compañía de un gato canijo y esmirriado. Comentóse la teoría favorablemente. «Está bastante bien eso». «Pacuco tener, tiene talento». «Convencíste-me, chico». «Hombre, yo no lo entiendo, pero pareceme cosa de miga». Pacuco recibió impasible aquellas loanzas. Demasiado sabía cuán ondulantes son los hombres y lo poco ó nada que hay que fiar de la gente moza, pues hoy dice blanco, mañana negro, y por fin no dice maldita la cosa.

\*  
\* \*

Súpose por el pueblo que Pacuco estaba con dolor de costado; lo había dicho el médico en casa de Doña Celeste, y allí mismo tramóse que fuera el señor Cura á ofrecerle confesión. Parecióle el negocio muy bien á D. Alonso, y hacía casa de Pacuco se encaminó aquella misma tarde al anoecer. Llovía un orbayo menudo, persistente, que más entristecía la calle solitaria en aquel crepúsculo de los primeros del otoño. De las puertas entornadas salía por veces el estribillo de una canción romántica. En el ambiente cálido de la tarde flotaban religiosos adormecimientos. Ya en lo alto de ella, junto al crucero, veíase la casa de Pacuco, y el corredor donde madurecían al sol po-

bre de la mañana las panojas de maíz. Las tejas lavadas brillaban débilmente bajo la sombra del cielo nuboso.

Una serenidad augusta venía hasta la casa desde los campos laborados. La cerrazón del horizonte iba entenebreciendo aquellas últimas horas de la tarde.

El portal por donde entró el señor Cura era lóbrego y triste como la bodega de un barco, y en realidad, ¿qué era aquel albergue sino una nave encallada por falta de piloto que la dirigiese hacia las serenas regiones de la bienaventuranza, de aquella bienaventuranza en que todos los que la habían habitado creyeron hasta llegar á aquél pobre espíritu cenijoso y turbulento, que sin más que cuatro librotos apenas leídos renegaba de toda su tradición? Barco viejo y bien viejo, pensaba el Cura, como esos que se deshacen tabla á tabla en los diques solitarios. Y con el barco moriría el último piloto, renegando del dogma y del Rosario de prima tarde y de esas misas matinales que se oyen en las iglesiucas de aldea á unos sacerdotes muy ancianos, casi transparentes, con el mirar desviado hacia espiritualidades ultraterrenas ¡Quién se lo hubiera dicho á Doña Carmina!

En la escalera lloró un gato como un niño pequeño, y como estaba muy oscura, encendió un fósforo para alumbrarse. La voz de Pacuco apagada, de tonos humildes, casi suplicantes, murmuró: ¿Quién vá?

—Soy yo, Francisquín.

—¿Quién?

—El señor Cura.

—Pase, pase, pase para acá.

Y para allá pasó. Era un cuartucho húmedo, que olía á fiebre, á húmedo, y si el dolor tuviese esa propiedad, á dolor sufrido en silencio y por nadie consolado.

—¿Y qué tal va, qué tal va?

—Mal, señor Cura, mal, ¡está uno tan solo!

—No tengas cuidado, hombre, ya vendrán á verte y á estar contigo las mis criadas. Chico, con franqueza, yo venía á ver si te querías confesar. Porque á pesar de todas esas trapalladas filosóficas, al fin y al cabo eres hijo de Doña Carmina Pumarino.

Pacuco, ¿qué iba á decir? Tenía que estar por fuerza de acuerdo con el señor Cura. Por fuerza precisamente no, ni siquiera por razones sentimentales evocadas, sino por aquella poderosa virtud que sobre su flaqueza tenía todo el libro que dogmatiza, el profesor que impone su doctrina, hasta la brisa que sopla por las tardes, agitando las panojas en el corredor y que iba devanando poco á poco las horas de su vida estéril, sin norte, vacilante.

Confesó, comulgó é hicieron rechiffa de él en el café. ¡Valiente ateo!

\*  
\*  
\*

A los pocos días salió ya á pasear por las afueras del pueblo, sólo, como huyendo de la gente que irremediamente había de mofarse de él.

Alzábase sobre su espíritu la luminosidad celeste de una aurora mística. Algo así como si su propia soledad y su abandono en los días dolientes le hubieran enfervorizado. No, no volvería á encontrarse solo con la sombra de Kant, danzando por las paredes como un mal espíritu enjendrado por la fiebre. Había durante la enfermedad ido á *la fuente de Silvé* á limpiar su alma de la roña filosófica que le enmusguea, y ahora, cuando los del café le echasen en cara sus teorías, él podría argüir que todo vuelve hacia la primitiva forma; y por ventura, ¿no era hijo de Doña Carmina Pumarino y de D. José Fernández, católicos á macha-martillo?

—Sí, sí, no torné por cobardía, torné porque debía tornar, porque todo en el mundo torna.

---

## UNA CARTA DE SALVADOR RUEDA

El eminente poeta y ductilísimo literato Salvador Rueda, el estilista incomparable que honra las letras patrias cual ninguno, ha tenido la dignación de dirigirnos una carta, que nuestra modestia, por demás muy justa, nos vedaría el publicar, á no ser porque no quere-

mos privar á nuestros abonados de una verdadera joya literaria que, como todo lo que sale de su privilegiada pluma, nos ha regalado el genial escritor al dedicarnos una carta íntima. La insertamos íntegra, pues cada uno de sus párrafos es un tesoro de estilo y un ferviente voto de buena amistad.

«Madrid, 21 Septiembre 1904

Sr. D. V. Calvo-Acacio

Querido amigo: Recibo los números primero y segundo de la REVISTA DE LEVANTE: Si su envío es una fórmula galante como la empleada por tantas personas como nos honran con sus producciones, galantemente doy á V. y á esa Redacción las gracias; pero si ese envío significa algo íntimo y vivo, algo que viene de las trémulas manos de mis amigos de Valencia, entonces, en vez de dar ceremoniosas gracias, suelto toda la trompetería del órgano, entonando un himno con todos los registros y teclados á favor de quienes han sabido *cuajar* una REVISTA que sacuda chispas de talento por todas partes como una rueda de luz. ¡Pero cuánta hermosura cerebral ha sabido usted someter al firme ritmo de esa batuta directora!

¡Qué confortante alegría ver que esa onda de fuerza espiritual viene de la augusta y luminosa Valencia! Como una mujer sana y hermosa que despidе una alegría robusta, un tónico de juventud, así la ciudad que tiene no poco de ateniense despidе en forma de páginas impresas ese baño de literatura penetrante y llena de alma. Lo refinado y hasta quintaesenciado de su sensibilidad no excluye el vigoroso olor á naranjas, la emanación regaladora á madre-tierra de los arrozales y el intenso olor á pasas tostadas por el sol á *besos como ascuas*. De tierra valenciana deben venir siempre productos sanos, y sana de espíritu y de cuerpo es la hermosa REVISTA DE LEVANTE. (No me gusta lo enclenque y lo enfermo en Literatura ni en nada.) Al doblar cada página después de leída he ido notando el efecto del refrescante tumbo de una ola que nos orea con sales marinas el semblante. Eso me trae de Valencia la REVISTA (es decir las

plumas de amigos y de compañeros); fosfatos revueltos con el aire, yodo quemante que da calor al organismo, lentejuelas de fósforo como escamas de rutilantes pescados, ácidos y sales y todo lo que es energía y fuente de salud en el ser humano.

Celebro como una fiesta íntima que esa REVISTA sea la que haya tirado á los cerebros, como una semilla, la idea de que Valencia festeje á mi noble amigo Llorente.

Nada más justo que las gentes jóvenes hagan con su patriarca lo que otra generación de inteligencias hará con otro patriarca que á estas horas sea joven. Pero esa manifestación á Llorente debía revestir caracteres de cosa más general de lo que se proyecta. El Ayuntamiento, la Diputación, el Ateneo, las Sociedades todas de esa ciudad deben tomar parte en la consagración, y además, representantes de las literaturas españolas. *La Atenas de Levante* debe hacer una fiesta para ese acto como ella sola sabe hacerlo, una fiesta fina y popular á la vez; alta de ideas, amplia de sentimientos, honda en el recuerdo que deje en la tierra levantina.

Estoy agradecido á Llorente con todos los sentimientos de mi corazón, pues con los generosos artículos que escribió sobre mi pobre labor habría para hacer un tomo; por esto y porque es un *saludable*, un *claro*, un *ingénuo*, un *lleno de frescor de juventud*, es por lo que echo en su honor todo el campanario al vuelo. Valencia lo tiene todo para una brillantísima fiesta: escenario eterno de hermoso sol, paletas, cinceles, plumas, naturaleza, inventiva, elegancia suprema. ¡A ello, amigos! Y para la carroza que haya de llevar en triunfo á Llorente, aquí hay una *rueda* preparada.

Conviene á ustedes muchísimo hacer que, en esto del arte, todas las caras de España vuelvan constantemente hacia Valencia los ojos como se vuelven los girasoles á la luz. El singular poeta, Mariano Benlliure, Sorolla, Blasco Ibáñez, Morote, todos los valencianos de viso y renombre, que son tantos, deben idear una fiesta original en honor á su poeta. Yo me alegro mucho de que estas cosas se hagan en las tierras por donde sale el sol. Por Oriente,

salvo alguna erupción, ha venido todo lo hermoso del mundo.

Tenga V. la bondad de decir á mi amigo José María de la Torre y al Sr. Juarros el gusto con que les veo tirar fósforo á manos llenas en esas críticas llenas de luz y vibraciones. Es todo un tratado de estética aquello que dicen de que «un libro debe suponer siempre la cristalización de una manera artística de concebir». Encuentro en la REVISTA firmas nuevas para mí, pero ya muy formadas, de las cuales algunas escriben en castellano más limpio que un cristal, no obstante su refinamiento. Las demás firmas que conozco, todas son galas de la Literatura. Y en cuanto á Martín Ortega, está visto que todos los médicos son artistas; su Ereutofobia (á mí que soy el desdichado centro de todas las *fobias*) me ha hecho feliz. Veo que también tienen ustedes la verdadera adquisición de González Blanco. ¿Es quizás valenciano?

Nada tengo que decir á V., Sr. Calvo-Acacio, á quien admiro desde hace tanto tiempo. Cuando estén juntos los compañeros todos de esa Redacción, reparta V. un abrazo mío entre ellos.

Usted disponga de su amigo y compañero q. b. s. m.

Salvador Rueda.

P. D. ¡Ay, Pepillo María de la Torre! ¡Qué ganas tengo de darte un tirón de orejas en tu divina tierra...!

RAMÓN TRILLES

### NADA MUERE

A orillas de una senda  
hay una reja tosca;  
en ancho muro campa,  
desvencijada y rota.  
No miran por sus hierros al camino  
rojos claveles y triunfantes rosas;  
no le tejen en torno  
verde marco las plantas trepadoras:

es una reja al campo,  
y en viejo muro abandonada, sola...

Mas al caer la tarde  
Psalma por ella asoma,  
y aquel triste rincón de la campiña  
punto de luz se torna.

Psalma, canción alada,  
errabunda armonía dolorosa;  
es el amor suave  
que acaricia y conforta  
—¡aquel amor que de piedad se rinde  
pero que no se doma!—  
¡Cuántas noches eternas  
me esperó vanamente hasta la aurora!  
Renovaba el suceso  
de aquella pobre enamorada loca,  
esperando al esposo prometido  
con sus galas de novia...  
Cada noche, abatida la esperanza,  
tornaba á su locura melancólica;  
mas con el nuevo día  
vuelta la fe más honda.  
—Hoy vendrá—murmuraba dulcemente,  
y tornaba á vestir para sus bodas.

Psalma, errante armonía  
encarnada en mujer, sueña y adora.  
Negros tiene los ojos,  
breves las manos, el cabello en ondas,  
digna la frente, la sonrisa amarga,  
regio el andar y la quietud de diosa.  
Los trazos de su cuerpo  
—cuerpo de luz y aromas,—  
ascienden, como anhelos de ideales,  
más allá de la carne y de la forma.

Una tarde, al crepúsculo,  
cual si las vagas inquietudes hondas  
que duermen en las almas, despertasen  
al conjuro de causas misteriosas,  
temblaron nuestras manos enlazadas  
como en súbito miedo que trastorna...  
Asomaron al cielo las estrellas,  
mortecinas, temblonas,  
y flotaba en el aire reposado  
el vago cuchicheo de las cosas...

—Oye—me dijo Psalma,—  
oye el rumor que de la tierra brota...  
Un lejano susurro me parece  
de fúnebres salmodias...  
Yo acaricié sus manos—mis cadenas—  
con suave caricia silenciosa.  
—Ese rumor—le dije,—  
es la canción que el Universo entona.  
Todo canta: los mundos del espacio  
que giran en sus órbitas  
y el gusano nocturno  
que arrastra sus anillos en las hojas.  
Cuando pasan los vientos por el bosque  
agitando en los árboles las copas,  
ofician como plectros  
que tañen arpas eólias;  
los susurros lejanos que aletean  
fundidos con los sonos de las cosas,  
son ecos de sollozos y suspiros  
y de esperanzas rotas,  
que ruedan al acaso  
como canción eterna y melancólica.

—¡Oh, canción!—dijo Psalma sollozante.—  
¡Oh, canción de la Vida, fuerte y honda!  
¡Quién pudiera escucharla y comprenderla,  
descifrar el sentido de sus notas!...  
Yo estoy enferma y triste  
y un presagio de muerte me acongoja.

—¡Morir!... Ven á mis brazos,  
regálame con besos de tu boca.  
Nada muere: lo efímero, lo vario,  
lo que muda es la forma.

Ríe otra vez y espera;  
vanos temores borra  
de tu espíritu enfermo. El fin no existe,  
la vida eternamente se prolonga...

¿Qué seremos después?... Grano de polen,  
partícula de aroma,  
rayo de luz, anillo del insecto...  
¡Quién sabe ni qué importa!  
Cuando, al fin, nuestros cuerpos  
repositos juntos en la misma fosa,  
buscarán á tus átomos los míos  
abajo, en el misterio de la sombra:  
y unidos para siempre,  
á través de los cambios de la forma,

seremos en la vida y en lo eterno  
un cuerpo nada más y un alma sola.

Y con voz que gemido parecía  
á mis palabras contestó mi diosa:

—Eso es muerte; vivir es... *esia vida*,  
llevar esta envoltura y esta forma...

—Vivir es *ser* en el eterno cambio.

—Vivir es no mudar siendo dichosa:  
quiero el tiempo que cuento y que limito,  
no la incontable eternidad que asombra.

¡Lo infinito ideal eternamente!...

Prefiero lo *real* si es como ahora;  
amar y padecer con esta carne,

—jugo de nardos y montón de rosas.—

¿Ser átomo en la luz, polvo en la tierra,  
fuerza en el aire, melodía, aroma?...

¡Yo prefiero mi reja y tus amores,  
tu voz que suena, mi dolor que llora!...

Calló mi amada: en el silencio augusto  
sonaba el cuchicheo de las cosas...

Yo besé, enamorado de los sueños,  
aquella cabecita soñadora.

MARIO DE ALBA

## CAPÍTULO DE NOVELA

Deslumbraba la escalera del Círculo Conservador benimuzense á las nueve de la noche. Relucían las viejas baldosas, echaba chispas el pasamanos de latón brillante, y las lamparillas incandescentes adornadas por caprichosas tulipas llenaban de destellos las levistas lucientes de los «señores de la comisión». En lo alto, junto á la mampara de terciopelo rojo deslustrado y en el ancho rellano, seis ó siete socios, algo pálidos, embutidos en cuellos molestos y apretando entre sus enguantados dedos los *bouquets*, esperaban á las primeras señoras, que fueron, como siempre, las de Medina, mamá y niñas, ambas éstas de blanco vaporoso, y la feliz autora de tanta belleza, de moirée perla con adornos negros. El registrador, jefe de la familia, lucía el propio traje de sus bodas, con chaleco de tres botones y levita desmesuradamente larga. Limpió el

sudor de la calva frente mientras Virtudes y Florita, colgadas del brazo de dos pollos, hacían su entrada triunfal en el salón, seguidas de Doña Tecla, que, cumplimentaba cariñosamente á su pareja, el mismísimo D. Salvador Albert de la Garriga, presidente del Casino y Caballero de la Real y Americana orden de Isabel la Católica.

El ancho salón, lleno de luz y amueblado con divanes rojos y sillones de terciopelo, tenía en aquel instante la majestad augusta de la soledad que bien pronto había de ser turbada por un centenar de señoras y señoritas, lo más elegante y escogido del pueblo. En la secretaría, gabinetito con mesa ministro y sillas de cordobán, y cuyas paredes adornaba un mohoso retrato de Isabel II, emblema de la ortodoxia monárquica del Círculo, discutíase acaloradamente.

—Han dicho que no vendrá el coronel Saldaña.

—No es socio y no se le ha invitado.

—Pero es autoridad.

—No hay tales carneros. El gobernador militar es el coronel del regimiento, y este es de la zona...

—Bueno. Pues tendremos un disgusto. ¡Siempre las cuestiones de etiqueta!

Así discutían Carlitos Cuadrado, secretario general, abogado y literato, con el «vice», Alfonso Valero, juez municipal y numismático distinguido. La verdad es que el pobre Carlitos tenía la cabeza loca y mareada. ¡Al demonio no se le ocurre sacar de quicio á una sociedad tan pacífica de suyo como el Círculo Conservador! ¿Quién les metía en el bureo de dar «veladas», leer versitos y reventar al prógimo con las invitaciones, el *bufett*, los ramilletes y todo este jaleo? ¿No era mejor pasarse santamente las tardes jugando al pase ó al tresillo? ¡Si no fuera por cuatro botarates que sólo pretenden lucirse!

—Pero es preciso animar esto. Vendrán las señoras y resultará hermoso.

—¡Hombre, déjame en paz! Lo mismo vemos á las señoras en misa mayor ó en la procesión del Corpus.

Hubiera continuado la disputa si el conser-

je, jadeante y con la cazadora nueva con botón plateado, no hubiese advertido apresuradamente que llegaban las autoridades. Salieron los secretarios de estampía para reunirse con el presidente, que, ostentando la cinta blanca y amarilla de su cruz, se inclinaba con cierta dignidad graciosa, saludando ceremoniosamente á los señores que subían. Eran éstos el señor Cura Arcipreste de la iglesia Mayor y sus dos Vicarios con lustrosas capas de seda y correcto guante negro; el Juez de primera instancia, (tuerto por más señas), con su bastón de borlas; el Coronel Calzada, con tres placas que deslumbraban desde su bizarro pecho, y el director del Colegio agregado al Instituto, filósofo grave, que de buena gana hubiera ido con muceta celeste y luciendo birrete de borlón. Subía detrás el Alcalde, correcto, elegante, ostentando la cruz de Beneficencia (que le dieron siendo joven por echarse al río para salvar á un niño), á la cabeza de una «numerosa» comisión del Ayuntamiento, formada por tres concejales afeitados, uno de ellos con chaqueta corta. No faltaba la prensa, representada por el director del semanario *Benimuzza cristiana* y el de *La Justicia democrática*, semanario también, á cuya redacción se invitó á pesar de las protestas de la mayoría de la junta, pues el papelillo era republicano con sus puntas y ribetes de ateo y librepensador.

La noche primaveral era dulce y perfumada. Estrellas de plata titilaban en el oscuro azul del tranquilo cielo, y la luna blanquecina iluminaba el rostro de las gentes del pueblo apiñadas en la calle Mayor, junto al portalón del Casino. Allí estaba el proletariado, el pueblo «que sufre y calla», según la frase semanal de *La Justicia*, dándose de empujones, pellizcándose mutuamente con risotadas y juramentos, piropeando á las señoras guapas y reprimiendo la risa ante el aspecto de algunos graves invitados.

La música «Primitiva» (vulgo vieja), con sus uniformes cursis y sus plumeros bicolores, «llenaba con sus acordes» el portal y la calle, destrozando, á fuerza de trompetazos y redobles, la sinfonía de *Poeta y Aldeano*, con ame-

naza de tocar el *Paragraph* y la *Retreta austriaca* durante los intermedios de la sesión.

Tal era el aspecto del Circulo Conservador y sus alrededores cuando llegó Arcadio Santafaz, aburrido desde la vispera por la vida monótona del pueblo. Se vistió de mala gana, no cuidando mucho la pulcritud de su atavío por creer que no merecían la velada ni las mujeres un gran sacrificio de indumentaria; de cualquier modo vencería su elegancia y distinción á los más peripuestos. Además, aquellas chicas no valían la pena de dirigirles una galantería. El trato social de las madrileñas, cuyas tertulias de confianza, bailes y almuerzos había frecuentado en la Corte, le ofrecían más claro y vivo el contraste de aquellas mujeres del pueblo que ni siquiera eran provincianas. El castellano mal hablado, las *c* convertidas en *s*, las proposiciones confundidas y todos los defectos de pronunciación que suelen tener hasta los valencianos más instruidos, le hacían un efecto fatal, pese á la riqueza de los vestidos y á los brillantes de los aderezos. Veía en Benimuzza esa riqueza fastuosa, sólida y burguesa del labrador afortunado que reduce á joyas costosas todo lo que no emplea en tierras. Su visita de la mañana que dedicó á Fausto Martínez y á su hija, fué sólo un mandato de su madre, y le dejó seco el corazón y una especie de idea resignada de aceptación por su nuevo destino. Sus derroches pasados, que forzaron su regreso de Madrid, llenaban su memoria de amargura fría. Era necesario conformarse. La vida sería desde entonces Benimuzza y el huerto de Santafaz. ¡Adiós Fornos y la Taurina!

Subió la escalera lentamente sin mirar á los grupos de la calle y se asomó un momento por una puerta lateral al salón del café, convertido en de sesiones por la caprichosa junta.

Estaba «espléndido» el salón, como pensaban decir los periodistas en el número próximo. Todas aquellas mujeres hermosas, vestidas con colores chillones y adornos de mal gusto y provistas de sombreros fantásticos, ostentaban el negro ó el dorado de sus cabelleras abundosas, el sonrosado de sus labios incitantes, el brillo magnetizador de sus ojos

pardos ó azules. Perfumes de polvos de arroz y de esencias no muy finas llenaban el aire cálido del salón, molestando al olfato y mareando al cerebro, y como en inmensa paleta de pintor, las blusillas encarnadas ó de azul pálido, los «cuerpos» de blondas y de tul sobre amarillo cromo ó verde mar formaban abigarrado conjunto de manchas sobre el fondo granate de los asientos. La mesa presidencial, con adamascado tapete, candelabros y escribanía de pesada plata, solo esperaba á los ilustres patricios que habían de sentarse en su torno. Al lado derecho, una mesilla á guisa de tribuna sostenía el vaso de agua con azucarillo, indispensable á los oradores y poetas.

En primera fila, junto á las incasables Florita y Virtudes Medina, cuyos flacos rostros de rubia pálida pedían á voces una mirada de amor, estaba sentada la hija del presidente, Loreto Albert, de treinta años, rubia, de pícaro rostro y romántica lectora de Werther y de Atala. Engruesaba un poco y no le sentaba bien el idealismo; iba de blanco-hueso con adornos de plata. Esta nota y otras por el estilo de indumentaria femenil las había tomado en cuartillas sueltas Perico Bonhora, alias *Ni la Unción* (apodo que explicaré más adelante), licenciado en Medicina y Cirugía y redactor en parte de *Benimuza cristiana*, en donde publicaba de vez en cuando artículos científicos, tales como «La higiene del pensamiento», que alcanzó gran éxito. Se convirtió *per accidens* en revistero de salones á causa del director del periódico, el notable poeta Manolo Ruiz López, que tenía en aquel instante un susto de muerte por la oda «Al mar», que debía leer momentos después, y no estaba para tomar apuntes.

Al otro lado del estrado veíase un grupo de señoras algo mejor vestidas. Eran la gobernadora militar Carola Cierfuegos, natural de Loja y con veinticinco años menos que su marido el coronel; Rosario Flores, esposa de otro viejo, el notario, dos veces viudo, y las dos niñas del director del colegio, cuarteto que cuchicheaba entre sí, reprimiendo risitas. Eran unas guasonas incorregibles, todas menos la notaria Rosarito Flores. Carlota la coronela

le «tomaba el pelo» á su sombra, y las *institutrices*, apodo de las otras dos por el empleo de su padre, eran terribles en lo del *pitorreo*, como solía decir Arcadio.

Entró él en la sala estrechando las manos de algunos amigos. Por contraste notable de su genio, era íntimo de *Dinamita*, ó sea Benigno Bueno, director de la *Justicia democrática*. El terrible librepensador ganaba penosamente su pan llevando los libros de un gran molino arrocero y escribiendo casi todo el semanario cleróforo, salvo algunos recortes de Madrid, en donde había durante dos años intentado en vano aprobar el primer curso de Derecho. Su pobre madre murió casi maldiciéndole al verle descarriado y negando los misterios de la Religión, dando fuerza á sus opiniones con las de varios filósofos cuyos nombres no entendía la infeliz vieja, convencida de que nadie entraba en el cielo sin ir á misa constantemente. Arcadio Santafaz era su mejor amigo y se carteaban con frecuencia. *Dinamita* le tenía por un joven ilustrado, aunque «burgués»; se había comido en Madrid casi todo el patrimonio que quedó á su madre, pero... sabía hablar de todo, despreciaba el obscurantismo, el fanatismo y las ideas rancias, no trataba á los curas más que superficialmente y lo que su claro talento exigía, y esto por no disgustar á su madre.

—¿Cómo está esto?—preguntó Arcadio á *Dinamita*.

—*Fané*, chico.

Se sentaron luego en un diván de la antesala.

Continuaba entrando gente en pepueños grupos: familias de labradores acomodados; ellos embutidos en la levita como en día de procesión, con estrechísima corbata negra los más y las camisas muy tersas y planchadas; las mujeres bien vestidas casi todas, pero con más riqueza que buen gusto, y la mayoría llevando la cabeza descubierta por no lucir la cotidiana mantilla de blondas destinada á la iglesia; jóvenes graciosas la mayor parte, guapas muchas, divinas algunas, hablando entre sí el dialecto de los hortelanos, de vocales muy abiertas y las t pronunciadas á la italia-

na. De cuando en cuando un sacerdote ó militar de uniforme rompían, con rojo ó con negro, la turba de colorines. Un gran grupo de muchachos sin levita cerrada (sólo la tenían contados socios), anunciaba con palabra rápida la llegada de alguna belleza. El salón se llenaba poco á poco.

Arcadio se aburría grandemente escuchando sin reír las mordaces bromas de Bueno, que tenía una lengua de hacha. Sobre todo, la presencia de los eclesiásticos le exaltaba de un modo violento. ¡Claro! ¡Como no podían ir al teatro! La ocasión de ver el mujeriego á plena luz no se encuentra todos los días. Sin contar con que todos los líos de ellos estaban en el salón, lo había visto él perfectamente. Allí se pavoneaba con hábito del Carmen la sinvergonzona de Marieta la tendera, querida (así lo dijo), del primer Vicario; una gran mujer que era lástima que se la «papase» un cura. Pero ¡qué diablo! El buen señor había fanatizado la casa; el necio del marido, que vendía cera y confites, lo consentía y lo mismo la vieja beata de la madre. Pues, ¿y D. Leandro, el cura de San Juan? ¡Anda con el hombre! No había otro más «flamenco» en toda la comarca; lo menos llevaba cinco ó seis al retortero; tres conocía *Dinamita* que estaban también en el salón, muy modositas y muy pulcras. ¡Aquello daba asco!

Arcadio no se indignaba. Sentía, sí, mucha envidia de los sacerdotes afortunados, y en más de una ocasión deseó con ansia transformarse en presbítero por tres ó cuatro horas y meterse en el confesonario, deseoso de oír sabrosísimas confidencias.

Contestaba con nonosílabos al periodista. Su pensamiento estaba en otra parte, muy cerca, eso sí, en el salón también. ¡Qué guapa se había puesto desde el dichoso casorio! Al volver de Madrid se enteró de la boda celebrada seis meses antes con aquel señor grave y serio que había enterrado á dos mujeres. Era un buen partido: viudo sin hijos, con bastantes miles de duros ahorrados durante su larga vida burocrática en aquella notaría, que era una mina. La familia, que estaba con el agua al cuello, consintió en la boda con entusiasmo,

y Rosarito Flores se vió de pronto convertida en la señora de Urquijo, luciendo trajes hechos por la modista francesa de Valencia y dando reuniones en un viejo caserón, que D. Melchor, feliz esposo, compró para nido de aquella su pasión senil, huyendo de la mala sombra de su otra casa, en donde fallecieron las dos mujeres.

La argentada campanilla de la presidencia sonó vibrante y clara. Empezaba la sesión.

—No tengo ganas de oír vaciedades—dijo Bueno.

—Ni yo. Pero ašomémonos á una puerta para ver.

—No te canses. No ha venido.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Hombre, la que tú buscarás. Pura la de Zorra.

—¿Yo busco á Pura?

—¿No es tu novia ó le falta poco? Así lo decían; á lo menos se murmuraba que tú madre...

—No hay nada de eso. No seais chismosos. Ni yo pienso en ello siquiera.

Se calló su visita de la mañana por no dar que sospechar y se acercaron á una puerta, empinándose sobre las puntas de los pies, pues todo estaba obstruído por los caballeros que se apretujaban para ver mejor.

—No se vé nada,—dijo Arcadio.

Se sentaron en otro diván, encendiendo sendos cigarrillos de papel.

Había comenzado el discurso. D. Salvador Albert, que se engreía en su sillón presidencial, teniendo á sus lados al Arcipreste y al Alcalde, «concedió la palabra» al Sr. D. Crisanto de Borja, quien tragó un sorbo de líquido dulzacho, enristró el mamotreto, dobló la primera hoja y comenzó con un *Señoras* campanudo y declamatorio.

El ilustre Borja regresó á Benimuzá desde la casa del Paborde á las tres de la tarde. Tenía, sin saber por qué, un temblorcillo nervioso que le impidió comer con sosiego la suculenta *paella* preparada bajo el emparrado por su ama de llaves. Él era letrado, pero no ejercía. Salvo sus articulejos moderados y de enrevesada prosa que veían la luz en *El Ideal*,

y sus cartas á *El Mercantil Valenciano*, nunca se las había visto tan gordas, y eso de «hablar en público» (el discurso era leído) le ponía carne de gallina. Más de cien pliegos rompió y llenó de tachones antes de terminar la obra de romanos. Después de trasladar el original conceptuoso y rimbombante á los amplios pliegos de papel de barba, se acicaló de peinado y de vestimenta, perfumó las manos y la barba y se dirigió al Casino más muerto que vivo, dispuesto no obstante á lucirse y á conmover el delicado corazón de las señoras, que sólo pensaban en aquel momento en quitarse el pellejo unas á otras y en dirigir á hurtadillas miradas á los hombres.

—Ese Borja es un tío cursi,—decía el periodista chupando el cigarrillo.

Arcadio no le oyó. A pesar suyo, tenía el pensamiento fijo en Rosario y en la época de su noviazgo hacía tiempo ya; tenía él entonces veintidos años y ella veinte. La conocía desde niña, como á todas las del pueblo, pero al regresar de Madrid en un mes de Junio, después de un invierno borrascoso, en el cual los amigos y las mugeres se le comieron la mitad de la renta, la vió una tarde en el balconcillo bajo de su casa, cosiendo tras de la vidriera. No era cosa de pasar un verano aburrido; había que buscar novia y Rosario fué la preferida.

La señora de Santafaz, muy acostumbrada á las locuras y desaciertos del hijo de sus entrañas, no se opuso ni mentó para nada las relaciones del muchacho.

Si intentaba casarse, nos veríamos. Contestó con malos modos á cuantas señoras vinieron á hablarle del asunto con ese afán de llevar y traer noticias que hay en las poblaciones pequeñas. El hijo de un coronel y emparentado con cien nobles no había de casarse con una pobretona. La futura esposa de Arcadio podría no ser tan distinguida como él, pero al menos que llevara para el cocido. Y el idilio continuó, mal que pesase á muchas envidiosas.

Era entonces Rosario una muchacha hermosa de veras, con grandes ojos de un azul esmeraldino, garrida y llena de formas. Sus

cabellos rubios anudados sobre la nuca, según la moda de las mujeres helénicas, acariciaban sus orejas sonrosadas y hacían resaltar la blancura sana del robusto cuello. A las diez de la noche, y por un balconcillo bajo recayente á un callizo solitario, empezaba la conversación, llena de fingimientos y disimulos por ambas partes. Arcadio entonces tenía un miedo cervical á las hijas de familia, porque el final de toda aventura peligrosa sería el matrimonio, un matrimonio ridículo y quizás obligado por el escándalo. Ella no le quería; le aceptó por dar que rabiarse á cuatro tontas sin novio y por darse el placer de que Cuadrado, Valero y demás pollos del Casino envidiaran la suerte de Arcadio.

Pensaba en atraerle y casarse, para lo cual vivía tan alerta como la guarnición de un fuerte desmantelado en tiempo de campaña. Cada vez que Santafaz, fingiendo un arrebatado de amor, alargaba una mano para estrechar las suyas, retrocedía ella de un salto, propinando al galán una interminable serie de denuestos, y una vez que escitado se atrevió á insinuar la petición de un beso, le cerró la ventana ocho días y sólo volvió á abrirla mediante la formal promesa de no insistir.

—Era arisca como un gato,—pensaba el mozo sonriendo con dulzura mientras llegaba procedente del salón y flotando en las ondas sonoras el siguiente párrafo declamado por D. Crisanto.

—«Porque es cierto, ¡ah señoras! que vosotras sois el trasunto de la felicidad suprema, el amparo nuestro en la dura peregrinación de la vida, la brújula que guía nuestra nave por el proceloso mar de la existencia y la flor que embalsama el páramo de nuestro trabajo..., cuando no sois la Pitonisa que inspira nuestras acciones, la Sibila de Cumas que predice y agranda nuestras prosperidades.»

—¡Animall!—murmuró *Dinamita*.

Arcadio volvía á recordar con insistencia obsesionante... recordaba, dando vueltas entre las manos al sombrero de copa.

(Se concluirá.)



**En números sucesivos publicaremos estudios críticos acerca de las obras de nuestros escritores clásicos valencianos, comenzando por el ilustre dramaturgo Guillén de Castro.**

F. MARTÍ ALPERA

## LA PLAYA DE LOS ARTISTAS

Todos los veranos, al hacer mi viaje de vacaciones, apenas llego á Valencia corro á la playa de la Malvarrosa. Tal vez influyan mis recuerdos, tal vez los días de mi niñez en que corría descalzo por los arenales y chapoteaba con delicia por el agua, ó aquellos otros en que, huyendo de severos espionajes y del contacto de los libros de texto, allí me refugiaba, provisto de algún novelón por entregas, presten á tales lugares encantos y atractivos, privados á cuantos no se encuentren en mi caso.

Pero creo que no es esto solo. Es también la suavidad de la arena, la hermosura del paisaje, la alegría de aquel mar tranquilo y pérfido, sereno casi siempre, repentinamente trágico. No hay allí rocas amenazantes y crestas audaces; no hay contrastes asombrosos, ni abismos profundos, ni bosques sombríos; pero se ofrece la naturaleza bella, riente y simple, con una monotonía dulce y amable, á propósito para las almas y los organismos fatigados. No os quedáis admirados nunca, pero sentís impresiones dulces y un bienestar plácido y enervante. Es como la gracia atractiva y discreta de ciertas mujeres, que no deslumbra ni seduce en el primer momento, pero que se vá insinuando poco á poco en los espíritus, hasta dominarlos por completo.

Y allí encuentro siempre á Joaquín Sorolla, en mangas de camisa, con la pipa en la boca, el jipi-japa encasquetado hasta las cejas, con más apariencia de marinero que de pintor, consagrado con actividad febril á su trabajo, absorto, extraño siempre á la nube de curio-

sos que le envuelve. De cuando en cuando grita: ¡Esos señoritos...! Y de su boca sale una formidable interjección valenciana. Sí, los señoritos, los desocupados veraneantes son los únicos que molestan, los únicos que rodean al pintor, interponiéndose muchas veces entre el lienzo y el modelo.

Los pescadores, las compradoras de pescado, toda la gente de la playa vá y viene sin detenerse ante el pintor y su obra. Para todos es un antiguo conocido, una figura familiar, y le tratarían con gran confianza si la leyenda de las sumas fabulosas que el artista saca de sus cuadros no infundiera en aquellas gentes un asombro respetuoso.

Y todos los veranos el mismo encuentro. Ya estoy en la orilla, adelante, que ya aparecerá el gran artista, el trabajador infatigable. Le veo ya. Me acerco sigilosamente para no interrumpirle; pero mi precaución es inútil, porque á él no le interrumpe nadie. Cuando me vé me tiende la mano, nos saludamos y en seguida á continuar con ardor su tarea. A veces, por extraño contraste, yo le hablo de pintura y él me habla de enseñanza, pero sin interrumpir un momento aquellas pinceladas seguras, vigorosas, sobrias, que van reproduciendo figuras de la playa y trozos del mar luminoso.

Me habla poco: á mis preguntas contesta con monosílabos y le veo fruncir el entrecejo, con la mirada fija, ora en el modelo, ora en el lienzo, abstraído, indiferente á todo lo que no es su obra, una obra enjendrada á plena luz, á cielo abierto, animada y bella.

Ahora contemplo en el lienzo un pedazo de mar, de intenso azul, con graciosas y rizadas ondulaciones, y veo la modelo, una niña de la playa, de tez bronceada y cabellos de oro, con la camisa de baño arrastrada por el viento, y que al llegar á la orilla y sentir en sus pies la fresca caricia del mar, se detiene un instante, tal vez gratamente impresionada por los arrullos monótonos y adormecedores del oleaje, tal vez para pasear una mirada inquieta y curiosa por la inmensidad de las aguas.

¿Es un cuadro? ¿Es un estudio para un cuadro grande?—No lo sé aun, me dice Soro-

lla. ¡Cuadros grandes! ¿Y para qué? Para que se queden en el estudio. El público no quiere más que cuadros y libros pequeños.

Y sigue el pintor su trabajo, y ante mi va desfilando la serie interminable de lienzos que le he visto pintar en aquel mismo sitio, y una barca que acaba de encallar en la orilla con la vela abombada me hace pensar en *La vuelta de la pesca*, el cuadro de frescura y naturalismo helenos, que un día, en el Luxemburgo, allá en París, me salió al paso como amigo alborozado.

Y entre tanto no sé que admirar más en este artista, si su genio para reproducir personas y cosas, infundiéndoles un pensamiento, dándoles vida y carácter, ó su laboriosidad brutal de trabajador duro y tenaz. Tal vez sin esta tenacidad de todos los momentos, sin esta lucha fatigosa de sol á sol, en la que la inspiración no le sorprende nunca desprevenido, en la que la mano está tan obediente, por lo mismo que se vé tan castigada, Sorolla, con todo su talento no sería más que un nuevo conde Steimbock, el personaje de Balzac, fumador de cigarrillos debilitantes, soñador de obras hermosas, acariciador de bellos proyectos, pero impotente para atravesar el abismo que en arte separa las riberas fáciles y perfumadas de la concepción, de los riscos penosos y las crestas difíciles de la ejecución.

Y continúo mi paseo por la playa de la Malvarrosa y encuentro al genial Pons, al sordomudo Montesinos, desesperado porque una ráfaga ha derribado el lienzo en que pinta un lindo paisaje de la huerta; al joven Ferrer tomando «notas», todos discípulos de Sorolla, y más lejos al inglés William Startucaltic, venido de los Estados-Unidos, y que al Cabañal ha ido este verano siguiendo al gran artista, á pintar chiquillos desnudos tendidos sobre la orilla.

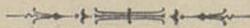
¡Ah! Aquella es la playa de los artistas, que les ofrece una irresistible embriaguez de tonos cálidos, de colores fuertes, de luz deslumbradora que viene de lo alto, cayendo sobre las aguas y sobre la arena como interminable, finísima lluvia de oro.

Y sigo por la orilla, hasta detenerme ante

el *chalet* de Blasco Ibañez, en donde el gran escritor trabaja también de sol á sol, apartando la vista de las cuartillas para fijarla en el mar. A través de las persianas veo pasar una sombra. El artista pasea tal vez en una tregna momentánea de su labor recia, tal vez buscando la frase precisa que dé al concepto forma plástica. Mañana aparecerán dos ó tres columnas en *El Pueblo* de prosa robusta, fluida, caliente; dentro de unas semanas una nueva novela escandalizará á media España intelectual y entusiasmará á la otra media.

Y para adquirir la doble perspectiva que ofrecen la tierra y el agua, el campo y el mar, subo á uno de los montecillos de arena que defienden la huerta de los temporales. ¡Y qué perspectiva! El mar, rizado con olas que van y vienen ligeras, suaves, retozonas, estallando en pequeñas explosiones de espuma, que forman vistosas franjas y caprichosos calados que mueren en la orilla, y cerca y lejos, los grupos de palomas, las velas blancas, triangulares, turgentes, que se balancean como gaviotas que no quieren mojarse más que las puntas de sus alas y van acercándose á la playa. Las empuja el viento, la húmeda brisa del mar que al llegar á la huerta parece despertar de un sueño tardo, perezoso, á toda la flora de aquellos campos. Las palmeras, dejando caer con desmayo sus ramas, parecen como plumeros gigantescos; los maizales, agitando sus tallos como gallardas cimeras de guerrero victorioso; los cañares, como bosques de lanzas movibles, adornadas de cintas verdes, y las adelfas, como bandadas de pájaros encarnados y blancos parados sobre la espesura.

Y pienso en Sorolla y pienso en Blasco—en el Blasco escritor,—dos grandes trabajadores, y si aquella naturaleza hermosa y risueña me dá la idea del carácter de sus obras, exentas casi siempre de filosofías complicadas y de tesis nebulosas, su labor de todos los momentos, sus esfuerzos ardientes y constantes me dan la clave de sus triunfos y de su fama.



## LOS VENCEDORES

¡Ya tornan las naves que fueron al Ponto!  
 ¡Ya rasgan sus quillas las ondas azules!  
 Atenas la magna va á verlas muy pronto,  
 besando sus aguas con remos de gules.

Las barcas, en fila, pausadas avanzan,  
 llevando en sus bordas guirnaldas de flores;  
 los ojos más vivos á verlas alcanzan,  
 contando sus velas de vivos colores.

¡Temístocles vuelve! Conduce triunfante  
 tapices, monedas, jarrones y escudos,  
 esclavos fornidos de torso gigante,  
 doncellas hermosas de senos agudos.

Ya ven los guerreros de timbres preclaros  
 que, lejos, mostraron valor sin ejemplo,  
 las blancas columnas de mármol de Páros,  
 que altivas sustentan la mole del templo.

Ya ven las campiñas bordadas con vides,  
 que al labio brindaran racimos jugosos.  
 Presienten ya cerca los juegos de Alcides,  
 las fiestas helenas, sus carros lujosos.

¡Atenas aguarda! Con luz purpurina  
 se tiñen los frisos y altivas metopas...  
 Las naves que Jerjes perdió en Salamina  
 se arrastran al puerto repletas de tropas.

De allá les saludan. Verán, sana y salva,  
 volver á la hueste, tras férreo derroche,  
 los viejos caducos de nitida calva  
 y el bien adorado, con ojos de noche.

¡Qué orgía de vinos, de frutas, de ambiente!  
 Suspiros de virgen, maternos regazos,  
 los besos de hermana que rozan la frente,  
 los besos de amores que aflojan los brazos.

Un rayo amarillo del sol de la tarde  
 relumbra en corazas y aceros desnudos,  
 y toda la armada parece que arde  
 bañando de fuego los pechos forzudos.

El pueblo se agolpa; las túnicas sueltas  
 se arrollan al talle, forzadas del viento;

se elevan las manos, y en graves revueltas  
 se clavan los codos, se irrita el acento.

Las gentes se empujan mirando adelante;  
 les hieren la vista facetas de oceáno,  
 y entornan los ojos, de fuego anhelante,  
 llevando á las cejas la tímida mano.

Jayanes membrudos de testas rapadas,  
 esclavos de Trácia y etíopes feos,  
 mujeres maduras de formas pesadas  
 que ven despertarse dormidos deseos.

Cabezas hermosas de nieve y corales,  
 cabellos dorados que el lazo sujeta,  
 rodillas de marmol tras leves cendales,  
 que son el tormento del dulce poeta.

¡Ya llegan! Ya arrojan ligeros esquifes,  
 que cargan con ricos despojos de guerra.  
 Dirigen las lanchas, sorteando arrecifes,  
 desnudos remeros que bogan á tierra.

Las perlas, los vasos, las armas y el oro,  
 que ansiosos guardaban los persas avaros,  
 montones ofrecen de rico tesoro  
 con joyas y dioses deformes y raros.

Cautivas morenas de pecho incitante  
 descenden en brazos de atletas robustos,  
 que abrazan su cuerpo tan solo un instante  
 y á tierra las mandan con gestos adustos.

¡Saciaron en ellas su ardiente apetito!  
 Revueltos con sangre lograron sus besos;  
 caricias de fiera velaron el grito  
 que aquellas lanzaban al ver su excesos.

Y ya van las naves quedando vacías...  
 y en tierra descansan los nobles soldados...  
 ¡Qué noches tan dulces vendrán tras los días  
 de locas matanzas y gritos airados!

Habrá flores sueltas, habrá Siracusa  
 servido por ninfa que el veste desata...  
 ¡Canciones de Eleusis que dicta la musa  
 vibrando en sus dedos las cuerdas de plata!

¡Temístocles vuelve! Venció en Salamina  
 y Atenas le guarda sus dones más fieles.  
 ¡Los dioses dejaron su estancia divina  
 ciñendo su espada con frescos laureles!



*Roldán  
 DmW*

## NOTAS MÉDICAS

## Los rayos N

Buscando el fenómeno de la polarización en los rayos X, descubrió Bloudlot unas nuevas radiaciones llamadas rayos N. Diferentes procedimientos pueden seguirse para su obtención. Atendiendo á la naturaleza del medio generador, se dividen en luminosos y no luminosos. Entre los principales manantiales que, además de rayos, emiten luz, se hallan: El tubo de Crookes, el mechero Auer, encerrado en una linterna opaca, sin más aberturas que las indispensables para mantener la combustión y con una ventana rectangular en una de las paredes de la linterna, á la altura del mechero. Esta ventana hállase cerrada por una hoja de aluminio de 0 mm., 1 de espesor. El haz de rayos N que atraviesa dicha lámina es suficiente para todas las esperiencias. La lámpara Nernst, que como se sabe está constituida por un conductor rodeado de óxido de metales raros, análogos á los del mechero Auer y llevados á la incandescencia por el efecto calorífico de una corriente eléctrica. Una lámina de palastro ó de plata calentadas al rojo naciente por medio de un mechero Bunssen, colocado junto á una de sus caras, desprende por la opuesta gran cantidad de rayos N. La luz solar constituye un intenso generador de las radiaciones que nos ocupan. Para demostrarlo se elige una habitación en la cual exista una ventana por la que entre el sol.

Entre las fuentes no luminosas se encuentran, entre otras, cuerpos tales como: el vidrio, trozos de madera, cautchouc, comprimidos fuertemente; durante la compresión todos ellos desprenden abundantes rayos N. Los cuerpos sonoros, como un diapasón, un timbre de bronce, el campo magnético, las sustancias odorantes, los fermentos solubles, los tejidos vegetales, el cuerpo humano á nivel de las grandes masas musculares y de los conductores nerviosos.

El reactivo más cómodo para hallar la exis-

tencia de los rayos N es el sulfuro de calcio. Para ello se procede del modo siguiente: Teniendo en cuenta que los rayos N son incapaces de excitar la fosforescencia en los cuerpos susceptibles de adquirir esta propiedad por la acción de la luz; pero que cuando tales cuerpos, el sulfuro de calcio por ejemplo, han dado ya fosforescencia por la insolación, si después se les coloca bajo la acción de los rayos N se ve aumentar notablemente el brillo de la ya tantas veces citada fosforescencia, si se coloca el sulfuro sobre trozos de papel negro recortados semeando diversas figuras geométricas.

La principal propiedad fisiológica de los rayos N es aumentar la agudeza visual. Si en una habitación casi á oscuras se cuelga de la pared uno de esos cuadrados de papel blanco que utilizan los oftalmólogos para diagnosticar el astigmatismo, y el observador se sitúa á una distancia en que apenas lo distinga, bastará dirigir sobre sus ojos un haz de rayos N para que llegue á percibir perfectamente su contenido y hasta poder precisar las agujas y los diámetros del círculo. Cuando se suprimen los rayos N, el cuadrado de papel vuelve á verse confusamente.

Si se coloca una lámina de acero templado sobre el lado izquierdo del cráneo, primero en la región posterior del parietal y después en la región occipital, hay un aumento de la luminosidad de los objetos exteriores.

Cuando una lámina de cobre que emita rayos N se sitúa sobre el centro cilio-espinal de la médula, por encima de la séptima vértebra cervical, hay una dilatación pupilar que varía de 0 mm. 5, á 1 mm. Los otros órganos inervados por nervios de sensibilidad especial experimentan también variaciones en el modo de reaccionar fisiológicamente, pero no modificaciones tan radicales como las del ojo.

Los rayos N tienen aún otra curiosa propiedad: se generalizan por todo el organismo siguiendo las vías nerviosas. Esto tiene anatómicamente una gran trascendencia, pues permite una curiosa investigación de los conductores nerviosos en el individuo vivo.

Las aplicaciones que se han hecho á la pato-

logía son aún escasas. No obstante, algo se ha intentado. Resumiré aquí las investigaciones más interesantes.

En una nota á la Academia de Ciencias presentada el 22 de Febrero de 1904, Gilbert, Ballet y Delherm han dado á conocer los resultados de sus observaciones en algunos casos patológicos. En un enfermo atacado de miopatía primitiva, con integridad de los músculos de la cara y atrofia completa del deltoides, y parcial de los músculos del antebrazo, el brillo del *abanico* fosforescente de sulfuro de calcio era normal en la cara, pero claramente disminuido á nivel de los estensores de los dedos y muy debilitada á nivel del deltoide. Estas variaciones de la fosforescencia prueban que la emisión de rayos N es proporcional al grado de atrofia muscular.

En tres casos de neuritis, polineuritis tóxica, neuritis saturnina de los extensores del antebrazo, parálisis periférica del facial, se halló siempre disminución cuando se llevaba el sulfuro de calcio de un músculo sano á uno enfermo.

En cuatro enfermos atacados de parálisis atrofica, por proliomielitis, el sulfuro de calcio tenía una fosforescencia mucho menor en la proximidad de los músculos atrofiados que en la de los sanos.

De estas observaciones resulta que hay disminución de emisión de rayos N á nivel de los músculos paralizados ó atrofiados en los casos de miopatía de neuritis ó de poliomiolititis, es decir en las lesiones de la neurona motora periférica.

En los casos de alteración de la protoneurona motora, al contrario, hay aumento en la producción de los rayos N. Así, en tres enfermos atacados de hemiplegia con contractura por lesión cerebral y en una mujer con paraplegia espasmódica, se ha demostrado un aumento en el brillo del sulfuro de calcio á nivel de los músculos paralizados.

En dos casos de parálisis histérica, una de forma monoplégica y otro de forma hemoplégica, hubo una exageración de la fosforescencia como en la hemiplegia orgánica con contractura.

En 23 de Febrero, Fabre comunicó á la Sociedad Médica de los hospitales de Lyon algunas observaciones interesantes.

En un caso de hemiplegia del lado que databa de la infancia, utilizando el procedimiento de Bordier pudo apreciar que el centro del lenguaje estaba situado á la derecha y no á la izquierda. Haciendo hablar al enfermo, el aumento de la fosforescencia del sulfuro fué comprobada por distintos observadores cuando se colocaba sobre el temporal derecho, mientras que no sufría variación en el izquierdo. Parece, pues, resultar de esta interesante observación, que el centro de Broca hallábase *supletoriamente* en este enfermo al lado derecho.

Tales son los últimos trabajos sobre la materia publicados. De esperar es que evolucionando y perfeccionándose los medios de investigación se llegue á resultados aún más sorprendentes.

---

M. B. LANDÍN

## ANOTACIONES

### I

#### Sorén Kierkegaard

Este moralista danés, tan austero, tan profundo y tan paradocal, es el inspirador de las doctrinas que en sus obras dramáticas han desenvuelto los grandes artistas escandinavos Hesen y Björnson. Nacido Kierkegaard en 1813, fué discípulo de su padre, hombre, al decir de los biógrafistas, severo, elocuente, irónico y dialéctico ingenioso. Inclínados los dos á la melancolía y «á tomarlo todo en serio», miraron siempre la vida desde el punto de vista de sus decepciones y de sus tristezas.

A pesar de haber hecho Sorén los estudios teológicos, no quiso abrazar la carrera eclesiástica, escandalizado de los vicios del clero protestante contemporáneo, al que profesaba un desprecio y un odio de que jamás se arrepintió.

Su crítica, dice Jeanine, se estiende á todas las manifestaciones del espíritu humano, y

como no sacrifica nunca un pensamiento, ni el desarrollo de que un pensamiento es susceptible, ha dejado una obra formidable, formada por treinta volúmenes de disertaciones, sentencias, artículos de periódicos, libros de edificación y treinta volúmenes más de un diario que dejó manuscrito. Encierra la obra de Kierkegaard todas las contradicciones, entusiasmos y desengaños de un alma que busca el reposo en medio de las dudas y decepciones de toda suerte. Tiene la obra del moralista danés el aire de la de un predicador que gustase de las parábolas y el culto de la pasión por la pasión, ese entusiasmo interior, ese romanticismo del alma que nos hace cobijar toda idea ó sentimiento con una intensidad impresional que la engrandece, ilumina y dota de fuerza comunicativa.

La obra más importante de Kierkegaard lleva por título *¿Culpable ó no?* Es un estudio puramente psíquico, donde los hechos están casi completamente excluidos. El drama se desarrolla en el cerebro del héroe, y el héroe de la novela es Kierkegaard mismo.

Jorge Braudés, el célebre crítico, explica de este modo el drama cerebral: A la muerte de su padre encontróse Sorén en posesión de una regular fortuna, y hacía esta época escandalizó á la prosáica y mezquina sociedad danesa, en colaboración con una joven, hija de una de las mejores familias. La estupefacción fué, al decir del mismo crítico, tan grande «como si el anacoreta Simeón Stilito hubiera bajado de su columna para ofrecerle el brazo á una muchacha y parte de su estrecho alojamiento allá en lo alto».

Kierkegaard usa su temperamento de analista para diseccionar el alma y los sentimientos de la mujer amada. ¿Qué clase de mujer es aquella, para él absolutamente inaccesible? ¿Qué naturaleza la suya? Kierkegaard se compara á un lapidario viendo á un niño jugar con piedras verdaderas y falsas, mezclarlas y regocijarse lo mismo con unas que con otras.

Nota la diferencia profunda que existe entre su naturaleza y la de su amante; esto le llena de inquietud. Quiere encontrar un punto de contacto entre sus dos almas y escoje la

religión, pero encuentra en eso un nuevo desengaño. Entonces advierte que haría mal casándose con una mujer que impondría á su espíritu deberes degradantes para su alma.

\*  
\*  
\*

En «Los pensamientos Nocturnos» nos pinta el estado de su alma después de la ruptura. La pérdida de su amante, lejos de matar el sentimiento del amor lo reanima. Ella se convierte para él en una imagen ideal, digna de un apasionado culto, y sufre pensando que para ella, él no puede ser más que un objeto de odio y de desprecio. En el intervalo, él se consuela pensando que ella acabará por darse cuenta de lo que él realmente es. El autor no cesa de disculparse y de descubrir el estado de su alma en sus más nimios detalles, y este análisis minucioso, realizado por una apasionada elocuencia, retiene nuestra atención y obliga á leer hasta el fin el calvario de este amante cerebral.

Al lado del interés literario tienen estas obras un interés moral. El autor nos muestra su alta idea del matrimonio, pues para él, este viaje solitario por la vida es menos triste cuando lo realizan dos que comprenden su verdadero sentido. Entonces el matrimonio dá á la existencia una paz austera y un valor escepcional. Kierkegaard nos pinta á las mujeres egoistas y celosas, que no quieren á sus maridos más que para ellas, y el nivel miserablemente bajo de las exigencias del hombre con respecto á la mujer. El moralista danés desarrolla sus ideas, representando esta lucha entre el hombre y la mujer, entre el poder femenino, esforzándose en subyugar al hombre y su intuición del peligro que la hace luchar para su individualidad; pues nuestra individualidad, como él mismo nos dice en su *Dolencia que conduce á la muerte*, es la más bella y la más alta concesión que Dios nos ha hecho. Kierkegaard pone al individuo fuera de toda asociación, Iglesia, Estado, Familia. Demasiado sabe él que una individualidad así comprendida se tropieza difícilmente; ¡qué importa!

Él no se dirige más que á esos elejidos que tanto rarean separados de las muchedumbres y puestos siempre frente á sus deberes y á su responsabilidad individual.

Nuestro sentido moral, encauzado en esta dirección, acabará por ser de tal manera perfecto, que en las cuestiones de la conciencia no tendremos otro juez que nosotros mismos. Por consiguiente, Kierkegaard no admite ningún código de deberes, puesto que no debemos dar cuenta á Dios de nuestra conducta.

Esta apoteosis de la individualidad se encuentra en todas las obras del moralista danés. ¿Qué es ordinariamente el mundo? se pregunta Kierkegaard.

Una asamblea de gentes despojadas de su individualidad, de gentes perdidas para sí mismas, de pequeños burgueses de la moral, de aniquilados. ¿Entonces á qué viene contar con la opinión del mundo?

La influencia de Kierkegaard sobre el movimiento religioso y social de su país es considerabilísima. No es menos grande también en Alemania, donde los predicadores protestantes acuden constantemente á sus obras y á sus ideas. Añadamos para terminar, que Kierkegaard vivió de perfecto acuerdo con sus doctrinas, muriendo en el hospital á los cuarenta y dos años, después de haber gastado su fortuna en limosnas.

## II

### La novela en la Literatura contemporánea

La novela es sin duda hoy, como género literario, el que más se estima y del que mayor consumo se hace. Recuerda Julio Simón en alguna parte, cómo en el gran siglo se desdeñaban las novelas por aquellas mujeres infectas de filosofismo.

Cuando la marquesa de Chatelet leía á Locke y Mad. de Sevigne á Nicole, el espíritu de las mujeres era muy distinto del de hoy, si no es porque la producción novelesca no era bastante á satisfacer el apetito de las lectoras. Porque la mujer ha sido siempre la única lectora, y es preciso reconocer que hoy hay

gran número de ellas. La mujer iletrada, que es hoy minoría, sobre todo en la sociedad burguesa, está atenta á todas las últimas palpaciones de la librería.

Claro es que estamos hablando de Europa y no de España, donde todavía hay señoras suscriptas espiritualmente al folletín de *La Correspondencia*—que aquí es un símbolo,—y casas donde á todo tirar se tropieza con algún que otro tenebroso volumen titulado «La mendiga misteriosa» ó cosa así. En Europa, pues, digo que la muchedumbre ávida de lectura consume anualmente montañas de novelas donde los defectos del estilo corren parejas con los de la moral. En todo tiempo ha habido libros peligrosos; nunca como ahora, ni nunca tampoco fué más abundante el número de lectores. Ahora bien, si es verdad que todo buen libro no produce siempre el efecto á que estaba destinado, es indiscutible que el malo produce infaliblemente el suyo.

Divídense las novelas en dos grandes grupos: Novelas de aventuras y novelas de análisis. Las primeras son generalmente inofensivas, tienen por objeto entretener. Las otras confinan casi siempre con la filosofía en su pretencioso empaque de estudios. Claro es que puede haber novelas que pertenezcan á los dos grupos, puesto que en las clasificaciones no hay nada de absoluto. «La Cartuja de Parma», de Stendhal, es un modelo de novela de aventuras peligrosas. Balzac es otro gran maestro en el arte de meter enormidades en las novelas como cosas corrientes, y contra las cuales no se protesta. Balzac se creía y era un psicólogo. Representaba hace sesenta años la novela analista, como Alejandro Dumas representaba la novela de aventuras.

La escuela naturalista es una escuela de grosería. Créese necesario en ella mostrar palpables y vivientes los objetos frente á los cuales en la vida real cerramos los ojos. En este respecto, contra la novela experimental se han pronunciado ya todos los fallos desfavorables. El arte es la medida, el ritmo. El pintor que no mostrase en el modelo más que las berrugas no haría un retrato, haría una caricatura. Uno de los peligros citados es el

de tomar la escepción por la regla y describir en lugar de un hombre sano un enfermo. Julio Simón, en su exagerado alegato dice: «Que la novela ha conducido al divorcio, y que lo que es adulterio hoy será matrimonio al próximo trimestre». Nos parece demasiado pesimismo al ver á los espíritus jóvenes presagiando una aurora nueva y suprimiendo esas telas de araña de la moral novelesca, á través de las que tan fácilmente se pasaba.

## NECROLOGÍA

### D. Manuel Ossorio y Bernard

En Madrid, en donde residía, falleció días pasados el distinguido publicista D. Manuel Ossorio y Bernard, otro de los viejos luchadores del periodismo, que con su laboriosidad y constancia dan á la juventud ejemplo noble que imitar.

Desde muy joven se dedicó el Sr. Ossorio de lleno á la literatura periodística, siendo uno de los polígrafos más notables de España, pues sus artículos, cuentos, crónicas é impresiones se cuentan por millares, campeando en todos sus trabajos la galanura del estilo y la más gallarda y castiza dicción.

Fué redactor de *La Gaceta*, del *Diario de Avisos*, de *Don Quijote*, de *El Día*, de *La Gaceta Popular* y por muchísimo tiempo, y bajo la dirección de su íntimo amigo el señor marqués de Santa Ana, de *La Correspondencia de España*.

En todos éstos periódicos ostentó el señor Ossorio su claro talento y su inacabable amor al trabajo.

Como autor dramático se distinguió también, dando á la escena dos hermosas obras: *Abd-el-Rhman* y *Camoens*, que obtuvieron un éxito lisonjero.

Publicó varios libros, de los cuales son los más notables, *Galería bibliográfica de artistas españoles*, *Diccionario festivo*, *Romancero de Nuestra Señora de Atocha* y el *Diccionario de Escritores y Artistas del siglo XIX*, que terminó semanas antes de morir.

Era sub-director de la Agencia Fabra, en donde era muy estimado.

¡Descanse en paz el distinguido escritor!

### D. Juan Bautista Perales

Esta quincena ha sido verdaderamente funesta para el periodismo español. A más del Sr. Ossorio y Bernard hay que deplorar la sensible pérdida de otro periodista muy querido nuestro y conocidísimo en nuestra ciudad, don Juan B. Perales.

El Sr. Perales era otro trabajador infatigable de la prensa y de la publicidad.

Era redactor-jefe de *El Noticiero Universal* de Barcelona, y antes lo fué de varios periódicos valencianos, entre ellos *La Correspondencia* y *El Correo*.

Entre sus obras se cuentan la continuación de la *Historia de Valencia*, de Ecolano, la *Crónica de la guerra Franco-Prusiana*, *El Anticristo*, *Tradiciones españolas*, *Los caballeros de Játiva*, *Los héroes de Montesa* y *Mariola*, trabajos en su mayoría históricos, á los que era muy aficionado el malogrado escritor.

Para el teatro escribió *El Ave-Maria* y *El marino*, que alcanzaron éxito.

Su entierro, que se efectuó el día 20 en la capital del Principado, fué una verdadera manifestación de duelo.

R. I. P.

J. B. RÍOS

## LAS DOS LUCES

Retorciendo el haz de sus rayos, entre torbellinos de vapor que coloreaba con sus impalpables besos, el sol naciente pugnaba por atravesar pronto, lo más pronto posible, la inmensa y espesísima mole de nubes que ante su incandescente globo se apiñaban, impidiéndole ver la tierra.

—¡Me he levantado tarde hoy!—rugía el astro rey, forcejeando entre las brumas.—  
¡Maldito sea el invierno! Este imbécil angeli-

llo alado con cara de mujer y nombre de Aurora, madrugaba bien poco. ¡Claro! Como ahora no tiene flores que regar, ni tallos que enverdecer, ni muchachas bonitas que le esperen, se hace el remolón que es una delicia.

Continuó bregando y dando estocadas de fuego á los vellones grises, y por fin apareció la tierra helada, con los estanques inmóviles por la congelación y los rastros llenos de escamitas brillantes.

¡Ea! ¡Vamos á liquidar todo eso!

Y emprendió el sol la tarea de la liquidación, como si fuera un banquero en balance.

Corrió hasta la ciudad el hacecillo de rayos y se detuvo en la vidriera de aquel balcón visitado por él todos los días.

—No se ha levantado aún,—pensó el sol y comenzó á licuar lentamente la escarcha del vidrio, que se deshizo en lágrimas, como doncella melindrosa y regañada por su madre.

Pronto crugieron las maderas y atravesando la transparente lámina, cayó la luz sobre la alfombra de terciopelo y... vió á la de todos los días y como siempre, envuelta en la bata azul guarnecida de marta, y con el pequeño pié abrigado por el chapín forrado de pieles.

Tuvo un momento de cólera.

Otra luz temblaba en el aposento. Al ver aquella sublevación de la materia luminica, el sol obscureció la luz en un santiamén.

Hermosa estaba la dueña del cuarto, pero hermosa de veras.

Talle de sílfide, ojazos negros y cabello de oro, contraste bellissimo que la naturaleza ensaya por distracción en algún rostro femenino.

La humilde bujía perfumada, de color rosa, tembló en su candelero de plata, miró al rey de la luz llena de espanto y rió después con un palpar ligero, como la carcajada de una niña.

La joven dió á la bujía un soplo como el de un beso y la lucecita se llevó al morir todo el aliento de la mujer hermosa.

Aquello era un reto.

El sol rodeó entonces furioso el talle, las manos diminutas, el pié bellissimo y el rostro incomparable, y se atracó de brillo de los ojos, de carmín de los labios, de nieve del cutis durante todo el día.

Pero de pronto recibió orden de marchar.

Y empezó á enrojecerse de furor, á retirarse lentamente, poniéndose cada vez más rojo y ocultándose cada vez más.

El impulso de retirada era irresistible, como todas las leyes de la naturaleza. Él quería quedarse y no podía; la tierra continuaba en su rotación inmutable...

Al ir á hundirse blasfemando, oyó lejos, muy lejos la carcajada de la bujía que en el fondo del cuarto comenzaba á reír, á reirse de él.

Y le pareció que el pábilo ardiente y miserable, decía, entre fusiones de esperma rosada:

—Anda, rey de las luces, esclavo mío, ya te has saciado de ropas, ya te has enseñoreado de su exterior con toda la indiscreción de tus explosiones centelleantes...

Me río de tí.

¡Voy á verla desnuda!

---

## CARMELO CALVO

### LA ESPADA

#### Sonetos

Emblema del honor, te admiro y quiero;  
defensa del hogar, eres mi encanto;  
vanguardia de la ley, tus glorias canto;  
muralla de la patria, te venero.

La hoja limpia y brillante de tu acero,  
la que fué de los moros siempre espanto,  
la que blandió Cervantes en Lepanto,  
merecen culto y prez del mundo entero.

Pero siendo tan grade la memoria  
que se guarda de tí, como es comprada  
con arroyos de sangre tanta gloria,  
yo prefiero la paz que es conquistada  
por pueblos que trabajan y en su historia  
no se cita la gloria de la espada.

---

A veces pienso en el pasado y veo,  
entre las densas sombras del olvido,  
surgir un mundo ya desaparecido,  
que se perdió en las aguas del Leteo.

Aún en mi ilusión sus luchas creo  
ver renacer con odio no extinguido,  
riñendo por el oro maldecido  
que no colma jamás ningún deseo.

Y ese mundo pasó, y los que un día  
en él se hicieron despiadada guerra,  
utilizando en su locura impía  
cuanta arma vil el universo encierra,  
hoy viven en estrecha compañía  
en el regazo de la madre tierra.

## CÉSAR JUARROS

### BIBLIOGRAFÍA

D. E. Gonzalez-Blanco.—*El Feminismo en las sociedades modernas.*—Biblioteca sociológica internacional.—Barcelona 1904.

Es este un buen libro, hondamente meditado. En cuestiones de tan decisiva importancia para la conservación de la especie, todo cuanto se escriba, discuta y razone será siempre poco. Ahora que los transformistas conceden supremo papel en el desenvolvimiento de la vida á la influencia de los sexos, es labor meritísima el divulgar todas estas ideas, justipreciándolas con el sereno juicio y sólida argumentación que lo hace el señor González-Blanco.

En España hacía falta una obra que de tales materias tratase, que llamara la atención de los espíritus ilustrados hacia el problema sexual. En el libro que nos ocupa resplandece ante todo una honrada labor de recopilación, de unificación de fragmentos.

Informa principalmente el interior sentido de sus capítulos la idea de que en la constitución de las sociedades modernas, el papel de la mujer debe seguir siendo el mismo que actualmente es. Criterio sólidamente fundamentado y en tan alto grado lógico, que basta para alejar del espíritu vergonzante las influencias perniciosas de unos cuantos cerebros deslumbradores, completamente desviados de la realidad de las cosas y en constante lucha despiadada con el sentido común por adelantar y desencarrilar la natural evolución de la humanidad.

El feminismo es el anarquismo de la familia, la muerte de los más dulces lazos que el afecto crea, y como consecuencia natural, la demoralización social. Tales modos de concebir llevan á que Mirbeau ensalce á la ramera sobre la virtuosa y á que la mujer buena, olvidada y en completa desorientación, no sepa qué camino escoger, ni qué senda seguir. El celibato, tan decantado por los escépticos de café con gotas, encierra en sí el gérmen de una multitud de males y crueles vicios. Abortos provocados, infanticidios, alcoholismo, degeneración, psicopatías á granel, tal es el fruto que de ese estado tan preconizado modernamente se obtiene. Aún cuando muy desacreditada la estadística, si se recurre á ella, todavía podrán obtenerse valiosísimos datos en favor de este razonado modo de juzgar, uno de los más interesantes aspectos de la vida moderna. Según Lacassagne, citado por el señor González-Blanco, en 1.000.000 de individuos hay por término medio anual 1.011 asesinos, distribuidos en esta forma: hombres solteros, 405; viudos, 242; casados, 200. Mujeres solteras, 88; viudas, 43; casadas, 33. Es forzoso reconocer con Spencer que la monogamia es la más aceptable de las soluciones en lo que á la vida doméstica concierne. En cuanto al divorcio, en nuestro país sería una medida impolítica. El divorcio no puede encontrar justificación sino en sociedades corrompidas. Por estos y otros más ámplios y oportunos razonamientos llega el señor González-Blanco á sentar como base necesaria que *«el matrimonio indisoluble será siempre el supremo motor de nuestro instinto social.»*

Desde el punto de vista intelectual no salen tampoco mejor librados los flamantes feministas, que sin quietud mental alguna, por revistas y tribunas neciamente vociferan. El cultivo del alma femenina debe ser ante todo estético. Su fuerza enorme está en la energía de los sentimientos.

A una mujer debemos todos el bien que en el fondo de nuestras almas y á través de todas las visicitudes perdura. La mujer es la belleza de la vida, lo único capaz de hacerla apetecible. Si son ignorantes es porque de-

ben serlo. La ignorancia se parece demasiado á la virtud para tratar de deshacerla. Mucho más quisiera hablar y pensar sobre este libro interesantísimo, pero no me es posible. Sirva esta anotación, hecha al correr de la pluma, para que mis lectores, aguijoneado su instinto de saber por las anteriores ideas, lo compren, lean y mediten sobre él, pues es de lo más nuevo y completo que desde hace mucho tiempo en los escaparates de las librerías ha podido verse.

Pe'adán. — *La dernière leçon de Leonard de Vinci.*  
Paris 1904. — Sansot et Compañie, Editores

La lectura de aquellos hermosos conceptos, entresacados y ordenados á fuerza de trabajo pacienzudo por Peladán, ha sabido conmoverme intensamente. Vinci es uno de mis ídolos, cuya vida venero y cuyas obras adoro. No sabría explicaros el por qué de tan singular asociación, pero el hecho existe. Delante de las reproducciones de sus obras tiemblo como ante la mujer amada.

En el fondo de mi alma existe á pesar mío un culto fanático y fetichista hacia el más grande de los pintores que en el mundo han sido. Sin duda alguna su mayor encanto estriba en haber creado el tipo mental de la pintura, tan distante del patético que la generalidad de los artistas cultiva. Sus mujeres sonrien con una delicadeza y exquisitez incomparable. La famosa ninfa de Ponsino es demasiado humana, su cara tiene una inexpresión desoladora. La Virgen de Velázquez, que está en el Museo del Prado, peca de excesivo realismo. Su autor poseía demasiado el sentido de la vida y nos lleva á una tan exacta ilusión, que todos los dolores vuelven á nosotros. La Virgen de la Hostia, que está en el Louvre, de Ingres, es de una inocencia casta, ingénuo, adorable; pero en ella no hay nada que se eleve sobre lo terrenal, que haga pensar, que obligue á esconder la cabeza entre las manos para evitar las lágrimas que el verdadero entusiasmo artístico pone en los ojos de todos los amantes de la belleza. De los mismos defectos adolece la Concepción de Puget. Las vírgenes de

Las Sagradas Familias de Van-Dick, influenciadas por el Ticiano, son tiernas, naturales, discretas, demasiado discretas. Las mujeres de Rubens son señoras obesas, que solo deben pensar en comer y en sentir, mordidas sus carnes fofas por groseros aldeanos. La Virgen de Dürer, que está en Berlín, tiene una mediocridad en sus ojos que desconcierta. La maja de Goya nada expresa. Hay en su cara esa estúpida expresión que pone todo el que va á ser retratado. Las Concepciones de Murillo son demasiado dulzonas, empalagosas, de un misticismo bobo y reposado. Las Madonas de Guido Rení pecan de exuberancia, de cuidado, son demasiado bonitas para tener alma. Watteau solo pintó voluptuosas cortesanas, que preferían al beso un mordisco en los labios. La lista sería interminable. Nada puede satisfacer como la sonrisa de las mujeres de Vinci. Vive en ellas un no se qué de misterio, de silencio, de concentración, de espiritualidad, que subyuga y atrae como ninguna otra obra. Los cabellos de Leda, los labios de la Monna Lisa, tienen un alma incomparable, que yo, torpe en demasía, no se desentrañar, pero que basta para conmoverme como nada en el mundo.

La lectura de su última lección ha acrecentado aún más mi entusiasmo. El amor nace del conocimiento. «¡Bendito el Arte que crea, hace visible lo invisible y permanentes las cosas más fugaces!» (Vinci).

D. J. Ortiz de Pinedo. — *Dolorosas.* — Madrid 1903

Buen poeta, que sabe revivir el pasado con bellas formas y adecuado ritmo. Enamorado de las almas, llega á adivinarlas y trasladarlas al papel. Sus poesías son tristonas y llorosas, porque su autor tiene talento. El tener talento es uno de los vicios que más caros cuestan al hombre. Ortiz de Pinedo posee un alma sensible y buena, que sola, sedienta de amores, vá pasando por los senderos de la vida con la grave tristeza del que sufre sin consuelo. Sueña con un sueño que no cesa nunca, con amores de pastor. En las tardes friamente opacas del invierno ha envidiado

mil veces el dulce abrigo de la lejana choza, perdida en la nostálgica grisura de la niebla. Ha amado á todas esas sentimentales que lloran por el sér querido bajo la sombra pensativa de los cipreses. Ha visto nacer mil tristes auroras junto á la linfa congelada de la callada fuente. Los delirios de las pobres enfermitas, que se acuerdan de los cuentos de princesas y palacios encantados, le han enseñado notas de amargo sonar. Como blanca y furtiva mariposa, ha trazado círculos en torno de las rubias cabezas de sus locos ideales.

*Dolorosas* es un libro que apena y entristece, porque en sus páginas vive una pobre alma de poeta que nunca tuvo en sus ojos fijos los ojos de la amante, que aún no consiguió unirse al ideal... Sus versos nos cuentan con amable voz historias inolvidables y tristes.

La impresión estética no es nunca sino un estado de alma. Por eso sin duda los versos de Ortiz de Pinedo han sabido conmoverme de tan intensa manera. En muchas ocasiones yo también he mirado con mirada de tristeza el paisaje nebuloso.

«Es tan amarga la vida,  
que no hay una sola estrella  
que no nos inspire el ansia  
de alejarnos de la tierra.»

Georges Berguer.—L'application de la méthode scientifique à la Théologie. Génova 1904

Desde que allá por los años 1834 á 1842 un profesor de Montebau, Jalaguier, escribió al filósofo Jouffroy una carta, que al ser encontrada entre sus papeles, su hijo la dió publicidad bajo el sugestivo título de «*La méthode expérimentale et son application à la Théologie*», la idea de emplear los procedimientos de la ciencia positiva en las especulaciones teológicas no ha sido abandonada un solo instante, aunque sin llegar á cristalizar definitivamente hasta los trabajos de James Leuba en su *enquête* sobre la conversión, publicada en el *American Journal of Psychology* (núm. de Abril de 1896). Entre los que posteriormente se han dedicado á estos trabajos, como E. D. Stasbuck, Coe, E. Murisier, Villiams James, etc., resaltan como principales condi-

ciones, la observación empírica, el análisis sabio y paciente y el detenido examen objetivo de los hechos, bases necesarias para obtener un buen resultado que satisfaga una de las curiosidades más justificadas de que el alma humana moderna se halla invadida.

Una de las malas cualidades de que adolece la Teología clásica, es la generalización de la experiencia íntima, dando lugar á esa inmensa variedad de sistemas teológicos, forzosa consecuencia de la infinita diversidad de necesidades intelectuales y espirituales que en el mundo existen. El nuevo método no tiene otro fin que el de hallar un terreno pacífico y neutral sobre el que efectuar la reconciliación. Para ello es ante todo necesario dar á la religión una interpretación biológica, considerándola como una función vital aún no conocida, cuyas formas y condiciones de desarrollo exige la evolución mental que se vayan determinando.

No se trata de fabricar una teoría más ó menos individual de los fenómenos religiosos, sino de observarlos, agruparlos y estudiarlos sin prejuicio alguno. Su segundo y acaso más sólido fundamento está en la *exclusión de la trascendencia*.

Los que en tales labores emplean su vida intelectual no se ocupan de lo metafísico; ellos aparentan ignorar la causa primera eficiente y dejan que cada personalidad deduzca lo que crea más lógico de los resultados adquiridos. Tal es la base que informa al libro de Berguer.

Consta este de tres partes: en la primera intenta el autor formar un boceto de la historia del método en Teología, comenzando en los Gnósticos, demostrando que al intentar probar que el cristianismo era la religión perfecta, emplearon para ello el razonamiento filosófico; que los apologetas utilizaron las mismas armas, y que la especulación filosófica no volvió á ser abandonada por los teólogos. Tanto los Padres de Oriente como de Occidente, Tertuliano como Orígenes, Atanasa como San Agustín, todos siguieron las huellas ya marcadas y ni un momento dejaron de ser filósofos. El imperio absurdo y depresivo de la

filosofía adquirió todo su esplendor durante la Edad Media.

Sin embargo, analizando cuidadosamente, no es difícil tarea hallar cómo partiendo desde San Agustín, comienza á iniciarse lentamente aún en los teólogos la evolución hacia los modernísimos procedimientos. En ellos apunta ya, y á veces con gran brío y gusteza, el estudio retrospectivo de los fenómenos religiosos; en tal sentido, junto á las nunca bastante celebradas Confesiones de San Agustín, deben figurar las obras de Pascal, Lutero y Calvino.

Actualmente que las causas de la unión de la Filosofía con la Teología ya no existen, no es ilógico reclamar como Berguer lo hace, porque la Teología adopta un método nuevo.

La segunda parte se ocupa del método científico, dividiendo la exposición en tres capítulos principales: 1.º Observación y experiencia; 2.º La idea á priori y la duda experimental, y 3.º El determinismo científico. No se halla tan acertado el autor en esta parte, pues peca de ampuloso y diluído en extremo. Es demasiado *francés* todo aquello, pero á pesar de tales defectos, atrae y sugestiona por la amplitud de nuevas orientaciones para el trabajo que allí pueden hallarse.

En la tercera parte, Berguer da unas cuantas reglas para facilitar la práctica experimental de la Teología, ocupándose de los instrumentos de trabajo de la experimentación comparativa del estudio y de los medios.

Tal es el libro de Georges Berguer, sugestivo y atrayente, que sabe encender en las almas el deseo de trabajar y de contrastar todas esas vagas sensaciones que viven el fondo inexplorado de las conciencias.

D. G. Martínez Sierra.—*Sol de la tarde*.—Madrid 1904

La postura en la cual los miembros superiores están oblicuos hacia atrás y adentro y las manos cruzadas detrás del tronco, constituye, según los tratadistas de mímica (1), un signo de resignación.

(1) E. Cuyér.—*La mimique*.—París 1902.

He ahí todo lo que opino de la última obra del distinguido literato D. Gregorio Martínez Sierra. Con un gesto revelan á veces los humanos toda la ley de lo ignorado; ¿para qué más?

P. Tissíé dice: «*La influencia del cerebro en los músculos se revela sobre todo en las actitudes á que nos llevan las emociones.*»

## LIBROS EXTRANJEROS

**La vita dei Bambini**, por Paola Lombroso.

—Con una ternura maternal y notable atención científica, Paola Lombroso estudia el alma de los niños, sus nacientes ideas y las inclinaciones que comienzan á dibujarse en su espíritu.

Del análisis minucioso de las impresiones infantiles, deduce leyes fundamentales que señalan las diferencias características entre el niño y el adulto. El instinto de conservación domina en aquél, que se esfuerza en transformar en alegría todo lo que para él es un elemento de existencia. Hace comprender al lector el proceso de las concepciones intelectuales del niño, el vuelo de su imaginación, sus aficiones á lo fabuloso y extraordinario.

La autora sigue explicando por qué los niños tienden á bosquejar, á traducir en representaciones gráficas, sencillas pero expresivas, lo que más impresionó á su espíritu.

Desenvuelve la psicología de los niños pobres, hacia los cuales debían converger todas las simpatías humanas, porque son víctimas propiciatorias del destino que les coje en sus garras y les hunde en el abismo de la miseria, de la esclavitud, condenando por anticipado á la impotencia y á la esterilidad sus preciosas energías, de incalculable valor social.

Paola Lombroso no se contenta en su libro con hacer consideraciones generales ni conclusiones filosóficas, sino que ha interrogado á muchísimos niños, recibido sus confidencias, descubierto sus secretos, leído en su alma, y por tanto es la vida de los pequeños la que palpita en las páginas de tan hermosa obra.

¡Lástima que no se traduzca al español

para que, no solo los observadores y los pedagogos la conocieran, sino cuantos pueden influir en la educación de los niños!

J. M.<sup>a</sup> DE LA TORRE

## LA LAMPARILLA

### DEL CRISTO

Aquel Nazareno, escultura defectuosa y amanerada, con encarnación desteñida y vestimenta de terciopelo, á trechos deslustrado, entre golpes de oro denegrido, tenía una cara siniestra.

**Les avantages de la dégénérescence**, por Gina Lombroso-Ferrero.—En dos partes se divide la obra: La primera estudia bajo diversos aspectos la degeneración en el hombre moderno, bajo el punto de vista de la fuerza y de la belleza física, como también sobre la extensión de su vigor mental. Esta degeneración se observa también en los reinos animal y vegetal; en la planta se debilitan raíces y hojas, órganos de nutrición y órganos de reproducción. El animal vé desmejorar progresivamente sus órganos locomotivos, sus sentidos, vista, oído, etc. El hombre asiste á la pérdida de su potencia muscular, á la degeneración de los miembros superiores é inferiores, á los elementos de su constitución, de su actividad y de su afectividad.

Esta degeneración en sus múltiples aspectos, ¿es un mal del que el género humano debe alarmarse?

El autor se propone demostrar lo contrario, estudiando sucesivamente lo que llama paradójicamente «las fuerzas de la debilidad».

«El mundo ha cambiado—dice el autor,—y á este cambio en todas las cosas debe corresponder un cambio en la forma humana física y psíquica. Un hombre robusto, atlético, valeroso, aunque poco capaz intelectualmente, estaba cierto de hacer fortuna el siglo pasado. La fuerza corporal tiene hoy un valor infinitamente mayor...»

El libro de Gina Lombroso-Ferrero es una obra científica basada en estudios, pero no tiene ninguno de los caracteres ásperos del verdadero trabajo científico. Los profanos encontrarán en este libro tanto atractivo como los iniciados, y unos y otros recojerán reales provechos.

En el nicho del altar permanecía todo el año inmóvil, pues jamás á ningún cura ni cofrade antojósele sacarlo en procesión, ni casi celebrarle una triste misa. Perdido en la nave lateral de vetusta parroquia, sólo tenía por iluminación una mortecina lámpara de aceite, á cuyos amarillentos y rojizos reflejos distinguíase el rostro aquél, antiartístico é incapaz de inspirar piedad ni recogimiento; con vidriosa mirada que le daba un aspecto feroz, barbas ralas y salientes pómulos, coronado de espinas y manchado de amoratadas gotas, empuñando la caña del escarnio. Inocente atropello de su autor, quien no llegó á columbrar siquiera en sus sueños de artista la noble, colosal y dulcísima figura que adora y admira, tantos siglos hace, la fervorosa cristiandad...

Todas las tardes de aquella Cuaresma, fría como las lágrimas y los rezos, notaba el señor Cosme, el sacristán, que una viejecilla seca y apergaminada permanecía de hinojos las horas muertas ante el Cristo del Rincón (así le llamaba el señor Cosme), dándose golpes de pecho y mascullando todo género de plegarias hasta bien entrada la noche.

—¡El diablo de la beata! ¡Vaya una afición al Cristo! Mejor le estuviera el quedar en casa cuidando de la olla ó haciendo calceta, y sobre todo, si tan devota era, ¿no estaba allí el altar del glorioso San Mauro? ¡Aquello sí que era santo de verdad! Obra del señor Hermsilla, un escultor y tallista célebre que abastecía de *Corte Celestial* á todo el reino y que tenía siempre la casa llena de curas (y una mujer de primera). Ante aquellas paredes llenas de ex-votos y aquella cortinilla de raso azul y los seis candeleros de plata maciza,



bien valía la pena de prosternarse y de pelarse las rodillas y hasta de coger un reuma. Sin contar que, estando la vieja siempre ante el Cristo, no podía él apagar la lamparilla y se gastaba el aceite que era un portento.

Una tarde, cerca ya de la Semana Mayor, notó el sacristán que la dichosa vieja no se movía de su sitio á pesar de lo avanzado de la hora, y empezó el bueno del señor Cosme á sulfurarse y á dar paseos desde la sacristía hasta el célebre altarcillo, maldiciendo entre dientes de la tan acendrada devoción de la desconocida vieja.

—¡Cuántos pecados tendrá que purgar la maldita! Se conoce que ha sido de vida airada. Y no la he visto nunca venir á confesarse. Esto sí que me choca. ¡Cá! Ni con don Abundio, ni con el vicario, ni con Don Nepomuceno... ¿Para qué rezar tanto sin acercarse jamás al santo tribunal? Está visto que estas beatas chochean las más de las veces...

Por fin se marchó la vieja, cerca ya de las ocho y después que el sacristán le sonó las llaves casi junto á las narices para que comprendiese mejor la indirecta. El señor Cosme atrancó bien la iglesia y se subió malhumorado á la salita de la torre que le servía de dormitorio.

Cenó allí su trozo de bacalao y su pan moreno, y como se había de levantar á las cuatro para abrir antes de misa primera, se metió entre sábanas y se durmió rápidamente.

Se despertó á la media noche, sin saber por qué, y entonces le asaltó una idea terrible.

—¡Mecachis! Ya me he dejado encendida la lamparilla del Cristo. ¡Claro! Esa vieja me distrae y me irrita de un modo... Hay que apagarla. Con los quinientos reales que dejó de renta al año, hace tres siglos, la condesa del Encinar para que ardiera, no tengo yo, ayudado de los gajes, ni para una mala sotana. ¡Maldita sea!... Nada. Baje usted ahora si no tiene otra cosa que hacer...

Se puso renegando unos calzones y un chaquetón y bajó lentamente, con un cabo de cirio encendido en la mano, la negruzca escalera de caracol que moría en la nave.

Grandes masas de sombras se extendían

ante sus ojos, cegados casi por la luz amarillenta del cirio. Algún reflejo fugaz como el relámpago brotaba de las cornisas doradas ó de los vidrios de colores. El altar mayor, con sus seis blandones ardiendo, destacaba en el fondo el ropaje morado de la cubierta cruz.

El señor Cosme se dirigió á la capilla del Nazareno. La lamparilla seguía ardiendo con chisporroteo triste...

El sacristán, furioso, avanzó hasta el nicho y fué á tirar de la lámpara para matarla con soplo vigoroso, pero al dirigir involuntariamente la vista á la imagen, le pareció ver en sus ojos una mirada terrible, más terrible y amenazadora que nunca, que fulguraba destructora como el rayo en las pupilas de vidrio.

Volvió atrás la cara y... se heló de espanto.

La viejecilla estaba allí, tras él, con las manos juntas y en actitud de rezar. El sacristán retrocedió espantado hasta tocar la fría piedra del ara...

Entonces oyó que todas las campanas de la torre sonaban al vuelo con horrisono acento, y que la viejecilla, agitándose imperceptiblemente, tomó poco á poco la figura de una joven hermosísima, densamente pálida y vestida de terciopelo negro, con gran gorguera blanca y escarcela de oro. El sacristán dió un grito.

Era la propia condesa del Encinar, muerta el siglo XVII y arrancada al parecer del retrato que había en la sala del Capítulo entre los protectores de la parroquia.

La fantasma se enderezó, miró con dulzura al señor Cosme, y en sus miradas leyó él un reproche tristísimo dirigido al ladrón sacrilego de la lámpara...

... ..  
Cuando al amanecer, Blasillo el campanero bajó de la torre, en donde habitaba, encontró al señor Cosme dormido, al parecer (en realidad desmayado), ante la imagen del Nazareno.

La lamparilla no se apagó ya jamás, hasta la profesión del señor Cosme, que se celebró con gran pompa diez años después en un convento de Benedictinos.

La viejecilla no volvió por la iglesia.



## APERTURA DE CURSO

Llegó el gran día para la juventud escolar, para esa simpática turba de muchachos alegres y soñadores, llenos los cerebros de ilusiones, sonrosadas como la aurora, llena el alma del fuego propio del despertar en la vida y la sangre ardiente y bullidora circulando en las juveniles arterias, moviendo los agitados nervios, haciendo latir con nobles impulsos el incansable corazón...

¡Terminaron las vacaciones del ardoroso estío, en el terruño cubierto de olivos grises, en la huerta esmaltada de naranjos, en el paterno jardinillo bordado de rosas, en la costa de la mar azul! Se abandona el viejo caserón de los padres en el oculto y apartado pueblo; se dá el último adiós en la nocturna velada, y á través de la reja de los amores, á la paciente doncella que, dulce y confiada, espera el regreso del enamorado galán sin sospechar de fijo el atroz cúmulo de infidelidades que como bagaje de amoríos traerá el novio de la gran urbe; se dá el beso más dulce de la vida: el de la madre llorosa.

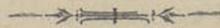
Y ya estamos de nuevo en la ciudad, bañados los negros ojos y el robusto cuerpo por las primeras brisas de Octubre, frescas y regaladas. Vuelven á verse con curiosidad las muestras de las lujosas tiendas; renuévase el conocimiento con la linda modistilla de talle cimbreante y arisca como gatita que quiere arañar; se abraza como á pariente querido á la vieja patrona de formas colgantes y robustas que prodiga el chocolate rojo y terroso y los inevitables huevos fritos. Llegan amigos y compañeros: se estrechan manos, se cuentan interesantes historias del pasado veraneo, y al anochecer, cuando los lechosos arcos voltáicos y las doradas lamparillas incandescentes derraman su luz por las lujosas calles del centro, discurren en grupos por las aceras, se estacionan ante los escaparates piropeando sin descanso á las muchachas, que respiran satisfechas ante el chicoleo como ante deuda pagada tras largos meses de moroso esperar.

¡Oh encantadora primavera de la vida! Edad feliz á la que por desgracia jamás hemos

de volver... Todos estos donceles de labios rojos que sombrea el mísero bigotejo, que llevan por doquier el hálito de vida y el resplandor del sol en plena luz, serán, dentro de pocos años, el grave notario sumergido entre protocolos; el catedrático de Instituto que desasna chiquillos; el médico serio que tranquiliza con una palabra; el ingeniero absorto en sus cálculos; el farmacólogo enterrado entre drogas... Entretanto, ¡já gozar! Esa es la vida que comienza durante breves años el día 1.º de Octubre y que desgraciadamente es corta, como siempre lo fué la felicidad.

El día de la *Apertura*, el solemne día en que el curso comienza, se agolpan desde muy temprano en el Claustro alegre de nuestra Universidad, bajo el reloj chillón, cuyo campaneó titilante ha de acompañarles todo el año; ante la negruzca estatua del gran filósofo valentino, envuelto en su ropón y que parece madurar algún grave problema de Metafísica; de aquel Luis Vives de Lovaina y de Brujas, asombro de Erasmo y de todos los filósofos de su tiempo, gritan, bromean bajo los largos pórticos de la severa columnata, esperando el momento solemne de la sesión.

Y cuando en el circular estrado, bajo los serios retratos de sabios como Cavanilles, Oliver y el Deán de Alicante, brillan las sedosas y tersas mucetas, iris científico que derrocha la luz del saber; el granate del jurisconsulto, el celeste del filósofo, el amarillo del esculapio, el morado del químico, el blanco del teólogo y el turquí del calculista, parecen acariciar con besos de color á los centenares de juveniles cabezas que se apretujan en los bancos unas contra otras, con los ojos vivos y decidores, á las almas todas que en aquel instante solemnísimamente se empiedran de buenos propósitos, como el diablo empiedra los infiernos, á todo aquel bullicio puro y dulce... Es el nido que termina, el primer volar de los pajarillos inquietos é impacientes y el primer orgullo del niño que empieza á ser hombre para sufrir y trabajar.



## TEATROS

En Madrid, centro de todos los esfuerzos literarios y capital de las letras como de la política, empezará muy en breve la temporada teatral seria, productora de verdadero arte, del que impresiona el alma incitándola al estudio y á la meditación.

Podría yo hablar largo y tendido de las supuestas decadencias de nuestro teatro nacional, pero es cuestión esta muy árdua y peliaguda. Yo no creo que estemos decadentes (salvo un grupo de *pollos* que pretenden serlo), y que tras las sencilleses clásicas del teatro de Moratín y las exageraciones románticas que hasta Echegaray han llegado, comienza quizás ahora un teatro serio, profundamente humano y con bellezas innegables, que debe de ser el teatro del porvenir. La escasez de autores es notoria, y después del Sr. Benavente, paladín del género, apenas si se ven otros astros de segunda magnitud en lo que se refiere al drama, á la alta comedia, reflejo fiel de nuestra vida y costumbres y escuela de buen gusto y educadora. El Sr. Benavente es un gran autor dramático, en el que sobran las dotes y requisitos que para serlo se necesitan. Sin embargo, él sólo no puede abastecer al público modernista, y de aquí el cúmulo de traducciones extranjeras que llenan unas tras otras nuestros escenarios en la temporada invernal, con detrimento á veces de la severa moral propia de nuestro pueblo y no conservando las bellezas de la obra primitiva, deslustradas por la traducción. La refundición de obras clásicas de nuestro siglo de oro suele también ser funesta. Casi nunca los refundidores están á la altura necesaria para comprender al genio que llevan y traen sus manos pecadoras; de ahí que se observen por los ojos menos experimentados las lagunas, cortes y adiciones que sin respeto á lo más venerable del arte suelen darse á las obras para servir el rancio plato á estilo de cocina moderna. Pero del mal el menos. Entre esas refundiciones y los dramas originales de Sellés y de Cano, no es dudosa la elección ni puede serlo.

Vá á abrir sus puertas el teatro Español, el antiguo corral de la Paeheca, el poder moderador de nuestra literatura dramática. Como es natural, actuará en él la compañía Guerrero-Mendoza, elevada á la altura de compañía modelo por el injusto y exagerado diti-rambo de muchos. No basta querer heredar á Calvo y á Vico para heredarles realmente. Aquellos actores, romántico exagerado el uno y naturalista el otro, pero de ocasión, valían, con todos sus defectos, más, mucho más, que los actuales cómicos-monarcas. No es que á mi juicio deban los dos muertos ilustres ser considerados por la posteridad como genios indiscutibles, porque ante Novelli (v. g.) quedaban tamañitos; pero de ninguna manera puede con ellos equipararse el Sr. Díaz de Mendoza.

Este apreciable actor, que no pasa de ser *apreciable* como tal, gana sin embargo á sus antecesores en muchas cosas. Acostumbrado á la riqueza, esclavo de la elegancia y de la suntuosidad, tiene prurito por presentar y vestir las obras de modo admirable, y lo consigue, mereciendo por ello elogios; pero si bien al vulgo más ó menos ilustrado han de entrarle las obras *por los ojos de la cara*, como se dice vulgarmente, al otro público, al que vá al teatro solo por saborear bellezas y sentir emociones hondas y no de oropel, no puede satisfacerle la mediocre interpretación que solo es patrimonio de los artistas vulgares y adocenados, siquiera se intente deslumbrarle con terciopelos y tisúes con relumbrantes armas y costosas decoraciones. Ya nos traerán de Madrid nuevas de los estrenos del Español y podremos comentar lo que de ellos dice la crítica, demasiado blanda casi siempre con el señor Mendoza y la Sra. Guerrero, que tampoco llena, ni con mucho, como actriz, el viejo escenario de Lope y de Calderón.

Tres compañías de *verso* (sic), la de la señora Pino, la de González y la de Thuiller, van en Madrid á disputarse las primicias de los estrenos. En la de la Comedia va el Sr. Borrás, á quien deseo buena suerte al presentarse *traducido*. Me parece, no obstante, mucha, sobrada *declamación* para una capital en la que impe-

ra como soberano el género chico. Allá veremos el resultado.

\*  
\* \*

En Valencia va á actuar en el Principal la compañía de la Sra. Cobeña por corto número de funciones, y en el de la Princesa la del Sr. Muñoz por temporada larga. Les deseo muchos aplausos y «entradas», pero creo que esto último va á ser difícil, dada la general apatía que por el arte serio siente la masa neutra. Mientras haya género chico y teatro Ruzafa, serán éstos los vencedores.

Al de Apolo viene Tomba con sus coristas tentadoras y sus can-canés tempestuosos.

Dios nos coja confesados...

## GLOSAS Á LA VIDA.

No se puede negar que Lebaudy, el emperador del Sahara, es el primer hombre de nuestra época.

Todo humano cifra sus esperanzas en alcanzar altos puestos, en brillar en la política, en la banca, en el arte; el fin de todas las aspiraciones es la elevación del individuo sobre el nivel de los demás; pero pocos, muy pocos son los particulares, ó sea los señores de su casa, que aspiran á ceñirse una corona en un periquete.

Lebaudy encontró lo del cestero. Le dieron mimbres y tiempo y se proclamó emperador por la gracia de Dios y la voluntad de las arenas abrasadas, pues allí no hoy más habitante que el Simoun y las dos docenas de negros y de árabes al servicio del pomposo Carlomagno de marquetería.

Ahora reside en Europa, creo que en Bélgica, y lucha con sus naturales enemigos los ingleses de toda clase.

Napoleón debía dinero á su lavandera, Torcuato Tasso (y otros muchos) no pagaban al casero, y Lebaudy hace lo propio. Tiene que empeñar finca tras finca para cubrir trampas, lo cual es lo único que le iguala con los grandes hombres.

Por lo demás, este Carlos V de guardarro-pía no es un dejenarado acometido del delirio de grandezas, ni es un idiota dominado por el deseo de la notoriedad. Es... la mejor representación psicológica del corazón humano.

¿Cuál es nuestro delirio constante? Mandar, sea como sea; desde el primer ministro hasta el cabo de municipales, desde el Pachá hasta el jefe de los eunucos.

Es muy dulce poner la cara fosca y dar órdenes imperativas.

Hay que perdonar á Lebaudy el deseo de hacerse dar el tratamiento de «Majestad» hasta dando sablazos.

\*  
\* \*

Durante los últimos quince días una verdadera racha de suicidios llena las páginas de los periódicos diarios.

Solo en Valencia se han registrados tres y en Madrid doble número. Así mismo han puesto fin á sus días en otras provincias de España varios desesperados.

Conviniendo en que la vida no es muy grata y que prodiga las dificultades, los dolores inmensos y terribles sinsabores, hay que admitir que los suicidas son, como dijo el gran psicólogo Lombroso, dejenarados ó reblandecidos.

Casi todos los suicidios obedecen á causas pueriles ó que tendrían remedio fácilmente, sin contar los motivados por un exceso de pundonor mal entendido.

Esto confirma la perturbación en las funciones cerebrales del que atenta contra su existencia, casi siempre por causas nimias y que le llevan á renunciar á la lucha por la vida y al afrente de las asperezas humanas.

El tratamiento apropiado de las neurastenias, del histerismo y de la hipocondría, se impone para evitar, en lo posible, el desequilibrio cerebral, que suele llevar al suicidio á muchos vesánicos.

Es cuestión del médico más que del moralista.

\*  
\* \*

Ningún rotativo lo ha dicho. Verdad es que necesitan todo el espacio para los infundios ruso-japoneses y los super-infundios políticos.

El caso es que el gobernador de Alicante, Dios que se lo conserve á Maura muchos años, ideó la celebración de un certámen escolar provincial, en el cual los maestros presentarían los alumnos más sobresalientes para que de entre todos ellos y previa reñida controversia saliese un campeón.

Dicho campeonato lo ganó un niño de Alcoy, cuyo nombre por desgracia ignoro, pero no el del maestro de cuya escuela procede: don José Ribera Montes.

Este distinguido maestro no es la primera vez que logra triunfos parecidos; su historia está llena de satisfacciones semejantes, con lo cual demuestra mucha inteligencia, un amor sin límites á la enseñanza y un trabajo tenaz, ferviente, desinteresado, *virtuoso*.

Al laureado maestro supongo que le será concedida la correspondiente cruz, que habrá de comprar si quiere ostentarla sobre su pecho. Si la compra, resultará que el dichoso premio es un castigo para su bolsillo, y si no la compra, por que no puede, ¿dónde está el galardón?

\*  
\*  
\*

El hombre civilizado disfruta muy poco de los encantos de la Naturaleza. La vida relámpago de nuestros tiempos, las ambiciones sordidas, el trabajo nocturno, las orgías en que mata sus nervios la juventud, impiden al hombre de la ciudad, al elegido de la fortuna, gozar de muchas bellezas naturales que le ofrece el Todopoderoso.

La salida del sol no solo es interesante para el poeta, que puede ver en ella imágenes producto de su fantasía y analizar la esplendorosa hermosura del alba; debe serlo también para todo espíritu sano y bien templado que quiera buscar en el esplendor de la Naturaleza lenitivo á los males de la vida.

El obrero, que con su taleguillo de pan emprende la marcha para el trabajo al iniciarse el día, recibe en el curtido rostro el primer rayo del sol, beneficio que niega el astro rey

al hombre murciélago de nuestra época, vividor de tinieblas voluntario.

\*  
\*  
\*

El bien y el mal son dos hermanos que riñen al verse juntos y no pueden estar separados.

---

## IMPORTANTE

En la sección bibliográfica de esta Revista daremos cuenta detallada de todas aquellas obras de las cuales nos sean remitidos **dos ejemplares** por sus autores ó editores.

De las que recibamos **un ejemplar** haremos mención con nota de su precio y condiciones.

---

## ADVERTENCIAS

No se devuelven los originales y sólo se publicarán los que á juicio de la Redacción lo merezcan.

Rogamos á los escritores de la región levantina, cualquiera que sea su residencia, nos envíen nota detallada de sus obras, precio y puntos de venta para ser anunciadas.

### *Precios de suscripción*

Semestre. . . . .	2'50 ptas.
Trimestre. . . . .	1'25 »
Número suelto. . . . .	0'20 »

REVISTA DE LEVANTE se publica los días 1.º y 15 de cada mes y constará de 32 páginas con elegantes cubiertas en color.

Toda la correspondencia al Redactor-Jefe

Redacción y Administración: calle de Colón, 31, bajo.—Valencia.

---

Valencia.—Imp. de Juan Guix, Miñana, 7 y 9.